COLECCIÓN CONSTRUYENTE - 2

RAFAEL BARRETT

MI ANARQUISMO

Y OTROS ESCRITOS

ESTUDIO PRELIMINAR
ÁNGEL CAPPELLETTI

Editorial Eleuterio
de Grupo de Estudios Gómez Rojas

Mi anarquismo
y otros escritos

Rafael Barrett

Mi anarquismo
y otros escritos

Barrett, Rafael
Mi anarquismo y otros escritos – 1a ed. – Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2015.
128 pp.; 14,5×21,5 cms.

ISBN 978-956-9261-10-7

1.Anarquismo 2.Ensayo 3.Rafael Barrett I. Título

Ilustración de cubierta:
Camilo Terán C.

Proyecto gráfico:
Artes Gráficas Cosmos

Selección:
Diego Mellado

Edición y corrección:
Josep Verdura, Cayo Chávez

ISBN: 978-956-9261-10-7

Editorial Eleuterio
Salvador 1319, Providencia
Santiago de Chile.
http://eleuterio.grupogomezrojas.org/
eleuterio@grupogomezrojas.org

Esta obra se encuentra bajo una **Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0.** Esto significa que los contenidos de esta obra pueden ser reproducidos siempre y cuando se señale la autoría, fuente de edición, no se modifique el original y no sean utilizados con fines comerciales.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Índice

Acerca de esta edición 9

Prólogo

Vitalismo y anarquismo en Rafael Barrett 13
por Ángel J. Cappelletti

Mi anarquismo y otros escritos

Mi anarquismo 33
El esfuerzo 37
El altruismo y la energía 41
El prójimo 45
La sinceridad 47
La obra que salva 51
El retorno a la tierra 55
El valor 57
El azar 61
El odio 65
El paisaje 69
Actos de esperanza 73
Lo viejo y lo nuevo 75
Sueños 79
La rehabilitación del trabajo 81
El carnaval 83
Dios 87
La nueva religión 89
La moral y la ciencia 93
Marcar el paso 97
Lápida 101

Jueces 103
Los jueces 107
Patriotismo 109
Más allá del patriotismo 113
El esperanto 115
Reflexiones 119

Fuentes bibliográficas 125

Acerca de esta edición

¿Dónde ha quedado la obra de Rafael Barrett? Escritor y polemista inquieto, sus escritos se reparten en las más diversas publicaciones de Asunción, Buenos Aires y Montevideo. Su escritura se asemeja a un relámpago, instante que, al igual que el Tiempo, huye para circular libre en la atmósfera del pensamiento.

Descrito por Jorge Luis Borges como un "espíritu libre y audaz" y aclamado por Augusto Roa Bastos como quien "nos enseñó escribir a los paraguayos", Rafael Barrett diseminó su obra con generosidad y fecundidad, proyectando hacia el porvenir una idea viva de la libertad y la comunión humana. De ahí que, a más de cien años de su fallecimiento, nos sorprenda la vitalidad y actualidad de su pensamiento, que celebramos, justamente, con esta edición.

Dado que en vida sólo publicó *Moralidades actuales* (1910), la posterior reunión de sus escritos ha variado sustancialmente en cada proyecto editorial, destacándose, entre ellos, *El dolor paraguayo* (1911), *Lo que son los yerbales* (1909), *Cuentos breves* (1919), *Al margen*; *Estudios literarios* (1912) y *Diálogos, conversaciones y otros escritos* (1918). Décadas después, entre 1943 y 1954, Americalee y Tupac (Buenos Aires) publican sus *Obras Completas* en tres tomos. Recién en 1990, gracias al trabajo de Miguel Ángel Fernández y

Francisco Corral —dos estudiosos de Barrett—, vuelven a publicarse sus obras completas, esta vez en cuatro tomos bajo el sello RP Ediciones (Asunción). De un tiempo a esta parte, se han editado individualmente diversos títulos, de los cuales se recomiendan los trabajos de estudio y edición de Vladimiro Muñoz: *Marginalia* (1991) y *Sembrado ideas* (1992).

Según tenemos noticia, este sería el primer trabajo editorial que se realiza en Santiago de Chile en torno a la obra de Rafael Barrett. Por esta razón, la selección que presentamos pretende ser una entrada ligera y profunda al inquieto pensamiento de Barrett, enfocándose principalmente a su filiación a las ideas anarquistas y a la sustancia filosófica que cruzó su pensamiento. Se ha optado por omitir los escritos más contingentes y sus conferencias, para remitirnos exclusivamente a sus exploraciones intelectuales publicadas en la prensa de la época.

Son sus postulados acerca de la ciencia, la política, la estética y el amor los que deambulan a través de este título. Es un vistazo, evidentemente, a uno de los autores más prolíficos y sinceros que han florecido en el continente americano.

*
* *

La primera versión de "Mi anarquismo y otros escritos" circuló en junio de 2012. Fue el cuarto título de nuestra extinta *Colección Breves*. Su formato físico fue un simple *brochure* que se distribuía a quinientos pesos junto a Piotr Kropotkin, Rudolf Rocker, Ricardo Mella, Henry David Thoreau y Baldomero Lillo. Eran los albores de este proyecto editorial, cuyo crecimiento y aprendizaje está latente en sus títulos.

El presente título es el primero que se re-edita instalándolo en un nueva colección. Esto, naturalmente, significó un nuevo trabajo de edición, incluyéndose un nuevo estudio preliminar, aumentando y destilando a su vez la selección de escritos. Lo mismo ocurrirá con los otros libros que dejaron de circular dada la cesión de *Breves*. "La

teoría de la evolución y el apoyo mutuo", de Piotr Kropotkin, es la obra que seguirá.

El estudio preliminar en cuestión es del filósofo oriundo de Rosario, Argentina, Ángel José Cappelletti (1927-1995). Evidentemente, no es inédito, mas, su valor consiste en ser, por un lado, uno de los estudios más interesantes acerca de las filiaciones filosóficas de Rafael Barrett y, por otro lado, una pequeña invitación a conocer la prolífica obra de Ángel Cappelletti, uno de los pensadores anarquistas que más ha aportado al anarquismo en América Latina.

*
* *

Este libro es un relámpago del pensamiento, luz que aparece en un cielo nublado, anunciando el estruendo de la vida que reclama las auroras de la libertad. Es un gesto ya descrito por Rafael Barrett: "El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora".

Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas
Santiago de Chile. Septiembre de 2015.

Prólogo

Vitalismo y anarquismo en Rafael Barrett

Ángel J. Cappelletti

Rafael Barrett fue un pensador audaz e independiente, cuya obra, dispersa en el azar del periodismo, revela una coherencia poco común en quienes cultivan esa forma de expresión y una solidez bastante rara entre quienes manejan su pluma al ritmo del acontecer cotidiano. Escritor brillante, de estilo cálido y nervioso, desbordante de humanidad, fue al mismo tiempo testigo inteligente y crítico insobornable, observador sagaz y acusador apasionado.

En Madrid, dice Ramiro de Maeztu, «vivió una temporada la vida del joven aristócrata, más dado a la ostentación y a la buena compañía que al mundo del placer». Llegado a Buenos Aires en 1903, trabajó en *El Diario Español*. Un artículo, titulado precisamente «Buenos Aires», en el cual pinta con maestría el contraste entre riqueza insultante y sórdida pobreza de la gran urbe, le vale el despido. Aquel artículo, incluido luego en *Moralidades actuales,* acababa así: «¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odios podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza

del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano».

Todavía no es anarquista, pero está ya cerca de serlo. Con una sensibilidad como la suya, sólo le faltaba, para ello, presenciar la explotación del trabajo humano en los yerbales del Paraguay. A esta república mediterránea, corazón del antiguo imperio de los jesuitas, llega en 1904, y allí reinicia sus tareas periodísticas en *La tarde* y *Los sucesos* de Asunción. Su evolución ideológica no se detiene. Un artículo titulado «El revólver», que publica en el segundo de los periódicos mencionados, termina así: «Los tribunales respetan el derecho de propiedad, que se confunde, por lo que atañe al revólver, con el derecho a que nos fusilen». En abril de 1906 se casa con una joven paraguaya. Enseña matemáticas, trabaja en el Departamento de Ingeniería, es empleado de los ferrocarriles ingleses. Su tisis lo obliga a retirarse al campo, desde donde sigue enviando artículos a los periódicos de Asunción.

En 1908 su compromiso con la causa del pueblo oprimido se hace definitivo: es ya declaradamente anarquista. «Barrett, hasta ese momento —dice J.C.O.— había sido el periodista raro, si no único, aquí, el conferencista superior, sin auditorio casi; el hombre encerrado aún, podría decirse, en una relativa torre de marfil con respecto al pueblo. Es el año en que él comienza a bajar las gradas que conducen al fondo social, junto a la masa entenebrecida. Participa en mítines; dice su palabra encendida. Se da a los desheredados en cuerpo, ya que en alma se les había dado siempre».

En adelante, el anarquismo (un anarquismo nada doctrinario ni dogmático, por cierto) constituye el trasfondo ideológico de sus escritos. Pero, por encima de toda ideología, hay en los vibrantes artículos que Barrett escribe durante esta época una sensibilidad aguda, un excepcional sentido de la justicia, una ironía mortal y, sobre todo, un enorme amor por la humanidad doliente. El filósofo uruguayo Carlos Vaz Ferreira habla así de Barrett en el tercer tomo de sus *Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza*: «Hombre bueno, honrado y heroico, huésped de un país extranjero, adoptó su 'dolod' y su 'yo acuso', si cabe más valiente que el otro;

tuvo de todos modos el mérito supremo de que ni siquiera podía ofrecerle, sobre todo en aquel momento, esperanzas ni expectativas de gloria».

Comienza a hablar en centros obreros: "La tierra", "La huelga" y "El problema sexual" constituyen un tríptico de charlas dirigidas a los proletarios de Asunción, donde se presiente ya el acento trágico de "Lo que son los yerbales".

En la primera de ellas se identifica desde el principio con los trabajadores que lo escuchan: «porque yo también soy un obrero y no quiero ser otra cosa». Por «obrero» entiende, con un concepto que dista mucho, por cierto, del que tienen los marxistas, todo el que crea, y no solamente «el que obra la materia muerta, el que batalla para recular las fronteras físicas de lo posible, y para perseguir, aprisionar y domar las energías de la naturaleza», sino también, y sobre todo, «el que obra la materia viva», esto es, «el que amasa la arcilla y también la carne y el espíritu; el que edifica con dura roca la ciudad del porvenir, y también con su propio cuerpo, con su propia razón; el que lanza al azar, a la noche fecunda, la simiente de la cosecha invisible, y la idea de las almas desconocidas, remotas, que nos miran en el silencio y en la sombra». Allí defiende Barrett una especie de socialismo agrario, y aun sin mencionar a H. George, sostiene, como él, que «no son el interés ni los salarios los que absorben la enorme cantidad de riqueza que los trabajadores vuelcan cada día sobre el mundo... sino la renta de la tierra». Por eso, «la renta es el vampiro formidable y único». «El propietario es el que todo lo roba, reduciendo a la última extremidad al trabajo y a todo lo que representa trabajo —dice—. Es que la tierra es lo fundamental; sin la tierra no hay nada. El dueño de la tierra es el que impone la ley; él, y sólo él, es el déspota invencible». En países cuya economía era (y sigue siendo) casi enteramente agrícola-ganadera, como Paraguay y demás estados latinoamericanos que Barrett conocía (Argentina, Uruguay, Brasil), no resulta difícil comprender las razones de estas ideas. El banquero, el comerciante, el capitalista parecen allí fantasmas casi inofensivos frente al terrateniente. «¿A qué indignarse contra los apacibles capitalistas, especie de

cheques ambulantes? Indignémonos contra el propietario. Él es el usurpador. Él es el parásito. Él es el intruso. La tierra es para todos los hombres, y cada uno debe ser rico en la medida de su trabajo. Las riquezas naturales, el agua, el sol, la tierra, pertenecen a todos. Apodérese de la tierra el que la fecunde; así nos apoderamos de la mujer. Goce de la tierra el hombre en proporción de su esfuerzo. Recoja la cosecha el que la sembró y la regó con el sudor de su frente y la veló con sus cuidados. Y todo nuestro poder ¿qué es sino cosecha? Todo surge de la tierra y nosotros mismos somos tierra». Estas ideas, que pueden parecer simplistas a un socialista de nuestros días, no eran, sin embargo, inexplicables en un país gobernado por estancieros, en una región que había albergado el imperio agrícola de los jesuitas.

Más próximas a las concepciones imperantes en la propaganda ácrata internacional del momento son, en todo caso, las que expone en la segunda conferencia, titulada "La Huelga". No hay huelgas injustas, dice. «Todas las huelgas son justas, porque todos los hombres y todas las colecciones de hombres tienen el derecho de declararse en huelga. Lo contrario de esto sería la esclavitud. Sería monstruoso que los que trabajan tuvieran la obligación de trabajar siempre. Sería monstruoso que la infernal labor de los pobres tuviera que ser perpetua, para hacer perpetua la huelga de los ricos». La revolución francesa, que sacudió el yugo feudal y eclesiástico, dejó su obra inconclusa (dice Barrett de acuerdo con Kropotkin) puesto que no sacudió el yugo económico, el más despiadado de todos. Ahora bien, la huelga es el arma por excelencia del trabajador frente a quien lo oprime. «Una confederación con reservas suficientes a sostener un paro general de una semana se lo lleva todo por delante. Es que no tenéis más que retiraros un momento para que la sociedad se desplome. ¿Qué puede lograr el capital si no lo oxigena continuamente el trabajo? Todo el oro del universo no bastaría para comprar una migaja de pan el día en que ningún panadero quisiera hacer pan, mientras que para hacer pan no hace falta oro, porque aquí está la sagrada tierra que no se cansará nunca de ofrecer el oro de sus trigos maduros a la actividad de nuestros

brazos». Barrett trata de crear así en los obreros la conciencia de su fuerza. Toda riqueza radica en el trabajo. Por tanto, todos los derechos pertenecen al que trabaja; toda razón está siempre de su parte. «La huelga es la peor amenaza para el capital. La huelga desvaloriza inmediatamente el capital, y revela la vaciedad de la farsa que lo creó. El capital, que no es sino trabajo acumulado para utilizar en mejores condiciones el trabajo subsiguiente, se aniquila en cuanto el trabajo cesa. El capital sin el trabajo se convierte en un despojo, en una ruina, en una sombra». La huelga parcial deberá transformarse en huelga general; la huelga local en huelga planetaria. Pero para que los cambios revolucionarios se produzcan es necesario, ante todo, una actitud espiritual adecuada en quien los promueve. El socialismo de Barrett, lejos del determinismo marxista, es profundamente voluntarista y altamente ético. «¡Cuántos méritos necesitáis para cumplir tan arduo programa! —dice, dirigiéndose siempre a los obreros paraguayos— ¡Cuánto valor, viviendo como vivís bajo la opresión de la fuerza, de esa fuerza encargada de velar por las arcas de los avarientos! ¡Cuánta fraternidad, cuánto tesón para uniros robustamente y caminar juntos hacia la aurora! No se vence a los fuertes sin ser fuerte, y sin serlo de otro modo. Tenéis que ser fuertes a fuerza de ser buenos y justos. No venceréis el hierro por el hierro, porque ese triunfo es efímero: hay que vencer por la razón». Más aún, Barrett reconoce el vicio como la raíz más profunda de la sociedad capitalista: «pero la raíz de todo no es otra que la crueldad y la codicia». Por eso, exhorta a los proletarios: «Si sois también codiciosos y crueles, no traeréis nada nuevo al mundo. Si queréis hacer desaparecer el oro, no imitéis a los ricos; no ambicionéis ser ricos».

En la tercera conferencia, titulada "El problema sexual", se nota todavía más, si cabe, el carácter moral del socialismo de Barrett. «El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo», dice ¡Y cuán lejos se sitúa de los «liberadores» sexuales de nuestro tiempo, para los cuales el problema consiste más bien en evitar que lleguen los hijos, en negar la continuidad de nuestro esfuerzo! Ante la angustia provocada por la

muerte, asomado al abismo de la nada, encuentra Barrett su senda hacia la inmortalidad en la renovada vida del hijo. Esta vida es la prolongación de nuestros ideales, la perenne fuente que alimentará en el futuro, más allá de la tumba, nuestra lucha justiciera y libertaria. «Nuestros hijos: el sueño logrado, la promesa que se cumple, la esperanza de pie». Tarea es de las clases laboriosas reconstituir lo humano en un mundo que no es humano. Y para eso —dice Barrett a sus oyentes obreros— estáis solos, no contáis sino con vuestro propio ser multiplicado, que es el de vuestros hijos, y con vuestras compañeras, las mujeres. «Tenéis que triunfar por vuestros hijos. Tenéis que contraer alianza con la mujer, alianza íntima y suprema, sin la cual de nada sirve la alianza de los hombres entre sí. Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen. Amadlas, y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra. Si las hacéis traición, se hará traición a vuestros hijos. Si no tenéis compasión de ellas, no habrá compasión para vuestros hijos. Si las abandonáis el mundo a la casualidad, y la casualidad no tiene entrañas». La condición de la mujer obrera es peor aún que la del hombre: el capitalismo que se ensaña con los débiles, se ensaña más con los más débiles. Barrett traza un triste cuadro de la explotación del trabajo femenino en la civilizada Europa. En Francia —dice— hay siete millones de mujeres que trabajan; en Alemania las costureras ganan a razón de un céntimo y medio por hora; miles de obreras subsisten en toda Europa con setenta, sesenta y cinco y hasta veinte céntimos diarios. Y a todo esto se agrega la degradación del sexo. «No es lo espantoso que el hambre de la mujer sea peor que la del hombre; lo espantoso es que al hambre femenina se agrega una plaga especial: la prostitución». El elevado temple ético del socialismo libertario de Barrett se revela del modo más claro en sus ideas acerca de la mujer y del amor. No se trata de meras reivindicaciones socio-económicas o políticas; se trata, sobre todo, de una reivindicación integral. La actitud frente al sexo femenino tiene para él un sentido trascendente, ya que de ella depende el destino de la sociedad misma y la realización o definitiva frustración de todos los valores humanos. «Donde la mujer no es respetada ni querida —dice— no hay pa-

tria, libertad, vigor ni movimiento». Y refiriéndose ya en concreto a sus oyentes paraguayos y a la situación social del país en aquel momento, añade: «¿Por qué aquí todos los despotismos, todas las explotaciones, todas las infamias de los de arriba, se ejecutan con una especie de fatalidad tranquila, sin obstáculo ni protesta? Es que aquí se reservan a la mujer las angustias más horrendas, las labores más rudas: porque no se ha hecho de la mujer la compañera ni la igual del hombre, sino la sirvienta: porque aquí hay madres pero no hay padres». ¿Hasta qué punto —cabría preguntarse— estas palabras no siguen teniendo vigencia en Paraguay y en toda América Latina? Hasta no hace mucho las estadísticas daban casi un sesenta por ciento de hijos naturales en Venezuela; sólo en la próspera Caracas hay varias decenas de miles de niños sin hogar, y todo el mundo sabe que la mujer sigue siendo aquí, en las clases más bajas sobre todo, la única que carga con el mantenimiento y crianza de los hijos. En cuanto a la tan debatida cuestión del «amor libre» (lo que hoy se llama más pomposa y abstractamente «liberación sexual»), Barrett piensa como la mayoría de los anarquistas de su época, y lo expresa en una fórmula que deberían poder suscribir también la mayoría de los cristianos. «No hablo del amor libre porque el amor siempre fue libre, y si no es libre no es amor. No es la cuestión libertar el amor, sino tenerlo". Esto supone naturalmente, que el sacramento y el contrato, la Iglesia y el Estado no tienen nada que hacer en la consagración del amor; esto significa que la unión libremente concertada puede libremente ser disuelta sin injerencia de jueces ni sacerdotes; pero quiere decir también que toda unión sexual tiende naturalmente a consumarse en el hijo, puesto que amor sin fruto no es verdadero amor. «Sed fecundos. Dejad que los ricos, dejad que los poderosos, después de haber robado a la humanidad, pretendan robar a la naturaleza, limitando la prole a una cantidad convenida, y transformando el amor en un vicio solitario». Ellos —continúa— son los despojos de una humanidad muriente y el sexo les es inútil; vosotros, trabajadores, sois la semilla del futuro, la esperanza de la tierra. «Sacudid al viento vuestro polen generosamente. Sed el ejército que no acaba nunca ni en ninguna parte. Sed inconta-

bles como las estrellas del cielo». Esta jubilosa afirmación de la vida en un hombre que sentía ya en su cuerpo los signos premonitorios de la muerte, nos hace pensar en Guyau, el autor del "Esbozo de una moral sin obligación ni sanción", muerto también tempranamente y con cuyas ideas tienen las de Barrett cierta afinidad. Igual que para Bergson, la moral abierta representa, para Barrett, la más alta y libre meta de la vida, y como la vida es, por esencia, impulso libre y creador, no puede haber moral que no sea fruto y consagración de la libertad. Consideraciones demográficas, fundadas en los cálculos del reaccionario Malthus, habían hecho pensar ya a muchos socialistas en aquella época (y también a muchos anti-socialistas en la nuestra) que se imponía una limitación a la natalidad a toda costa. El argumento esgrimido particularmente por los ideólogos de la clase obrera no carecía, en verdad, de cierta fuerza. ¿Para qué traer al mundo hijos —se decía— que han de ser implacablemente explotados, como nosotros, y que, como nosotros, vivirán en la opresión y la miseria? A esto responde Barrett, con su inexpugnable amor a la vida: «No vaciléis ante las penas que aguardan a vuestros hijos. Si los engendrásteis con amor, no temáis. No hagáis caso a los que atribuyen la miseria al exceso de población. No es la población lo que empequeñece la tierra, sino el egoísmo».

En el fondo de todos estos juicios y apreciaciones del luchador hispano hay un vitalismo tan alejado del materialismo mecanicista y del cientificismo imperante en su época (véase el artículo titulado "Un intelectual" en *El dolor paraguayo*) como del espiritualismo tradicional. Barrett no deja de mirar con simpatía a las nuevas y menos dogmáticas formas de la religiosidad, como el cristianismo de Tolstoi, a quien considera como «uno de los más nobles héroes de la historia, uno de los santos más puros con que puede honrarse nuestra raza» («La muerte de Tolstoi» en "Al margen"), o como la teosofía inclusive, a la que, aparte «su terminología aparatosa» y «su pedantería inocente» reconoce como una religión muy razonable, que profesa una altísima moral de la no violencia. Fácil sería documentar esta actitud filosófica a lo largo de toda su obra literaria, considerando en particular *Ideas y críticas*, *Al margen*, *Mirando*

vivir y *Moralidades actuales*. No es extraño, pues, que Rodó, heraldo de un nuevo espiritualismo en América Latina, aunque bastante alejado del ideario socialista y anárquico de Barrett, haya escrito a propósito de la última de las obras citadas: «Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironías hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia, y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica».

La auténtica realidad es, para Barrett, la realidad interior, la realidad íntima y vivida. «Lo de adentro es lo que importa, y eso no se aprende. Que lo haya y que lo descubramos, he aquí lo esencial; lo demás es accesorio», escribe en un ensayo titulado "Filosofía del altruísmo". La realidad exterior, las cosas, la materia, no constituyen sino una sombra o, como diría Bergson, a quien más adelante cita, un límite de la realidad psíquica. Más aún, casi se diría que, para Barrett, como para Plotino, no son sino el producto de la dispersión del espíritu. «El aspecto físico de las cosas —escribe— es el final de una serie, el término de una degradación. Lo real es invisible, y en cada uno de nosotros hay un mundo secreto». Como Bergson, considera por eso Barrett que los verdaderos sabios son los místicos que han buceado en los abismos del alma. «Los místicos han sido los exploradores de ese mundo. Algunos se perdieron en él, otros lograron regresar y compusieron informes y oscuras descripciones de las playas que habían visto». Y basándose, sin duda, también en la teoría bergsoniana de que la inteligencia y su lenguaje se fundan en la acción y el manejo del espacio, pero no están hechos para captar la realidad psíquica, esencialmente temporal, dice: «Nuestro lenguaje, fabricado para la acción bajamente utilitaria, empapado de egoísmo y de lógica, es poco apropiado para traducir lo real». El verdadero órgano para el conocimiento de la realidad es la intuición y su verdadero lenguaje es la metáfora de los poetas y de los

místicos. «Por eso el misticismo se reduce a una experimentación interna, de seguro la única positiva, pero casi siempre inefable». La oposición bergsoniana entre lógica y metafísica, entre lo verdadero y lo real, entre lo espacial y lo puramente temporal, se manifiesta claramente en frases tales como éstas: «La lógica conduce a lo verdadero, más para llegar a lo real es impotente. Lo verdadero es objeto de la ciencia; empleado en la utilidad común cambia de siglo en siglo. Lo real, objeto de la sabiduría, es asunto que atañe directamente a cada uno de nosotros. Lo verdadero es exterior; lo real, interior. De lo verdadero nos servimos, de lo real vivimos, o, por mejor decir, lo real es lo que vive».

En su conferencia "Los fundamentos de las matemáticas", al preguntarse por qué la razón prefiere la geometría de Euclides a las no-euclidianas, responde: «Porque es más cómoda. Se impone al espíritu por su sencillez. Es indudable que razonaríamos sobre los fenómenos naturales en el espacio de Lowatcheski, y que llegaríamos a los mismos resultados en mecánica y en física, pero es indudable también que eso sería más complicado, más largo, más difícil de aprender y de practicar». La función de la inteligencia es utilitaria y pragmática y responde, por eso, al principio de la mínima acción y de la economía del esfuerzo, y la inteligencia humana —dice aludiendo a Bergson y a Poincaré— es geometría. Pero la inteligencia es incapaz de elevarse a una síntesis universal y los sistemas metafísicos tienen siempre algo de grotescos. «La impotencia de la razón ha sido reconocida siempre por los pensadores razonables». Inclusive en el dominio científico no ha logrado la inteligencia resultados absolutos, como parecen creer los científicos. «En ciencia la única verdad que se ha establecido es la verdad física. Tal verdad, que se llama hipótesis, no posee virtud alguna de dominación sobre el tiempo; cambia de siglo en siglo y dentro del siglo. Está supeditada a la aparición del hecho bruto, o sea, de la sensación. Su papel es pasivo; su objeto, bajamente utilitario. Es un instrumento clasificador». Ni siquiera puede decirse que haya logrado explicar la naturaleza viviente o la inorgánica como un todo. «Observemos que la lógica —expresada por medio de las matemáticas— no se

aplica sino a lo inorgánico, sin haber conseguido abrazarlo en su conjunto». ¡Qué lejos está Barrett, en una época en que los países latinoamericanos vivían aún la plena euforia científica, de esa ingenua creencia en el poder infinito de la ciencia! «Eso es el hombre: un animal que maneja la materia inerte y construye máquinas protectoras. Su inteligencia es de baja extracción: pertenece a lo exterior, a lo que menos importa».

A la inteligencia, que construye la ciencia del mundo inorgánico, que tiene una finalidad pragmática y un cometido utilitario, se oponen la intuición y la energía interior. «La energía interior, esencialmente nueva, destinada a lanzarse contra lo exterior para renovarlo, es una energía directora». A ella le corresponde captar o sentirlo real y ejecutarlo, ya que no explicarlo. «Yo siento en mí el temblor de los astros; siento en mí abismos capaces de contener los que espantaban a Pascal; siento en mí el mundo invisible y secreto que trabaja; la energía específica y nueva en torno de la cual, por unos momentos, giran las cosas como no habrían girado nunca; siento en mí un total incoherente que necesita mudar de actitud y esperar lo que no ha sucedido todavía; siento en mí algo irresistible que se opone a la estéril repetición del pasado, y que ansía romper las barreras del egoísmo para realizar su obra inconfundible. Siento que soy indispensable a un plan desconocido, y que debe entregarme heroicamente».

Barrett vincula así su concepción vitalista y, si se quiere, espiritualista del mundo, arraigada en la filosofía de Bergson y, en cierta medida, en el pragmatismo de James, con una moral del altruismo puro, y relaciona el materialismo y el mecanicismo con una moral egoísta y utilitarista. Al sentirse indispensable a un plan desconocido, se siente instrumento y parte de la divinidad. Pero su misma concepción de la divinidad está determinada por esta idea moral de la entrega y de la labor creadora. «Un Dios separado de su creación, ocioso y satisfecho, como el Vaticano lo exige, es algo repulsivo. Un Dios obrero no». Su Dios es, pues, el Dios finito de James; el Dios que se hace de Bergson: en cierta medida, el Dios de Rilke y del último Scheler. Citando al primero de estos autores,

dice: «Dios... es lo que hay de más humilde, de más despojado de vida consciente o personal, es el servidor de la humanidad». Y, con el mismo, agrega: «Confieso libremente que no tengo el menor respeto hacia un Dios que se bastara a sí mismo: cualquier madre que da el pecho a su niño, cualquier perra que da de mamar a la cría, presenta a mi imaginación un encanto más próximo y más dulce». En realidad, todos somos dioses, pero la divinidad (si se prefiere, el genio) en unos duerme, en otros sueña. «Nuestro deber consiste en cavar nuestra sustancia hasta hallarlo, para devolverlo después en la obra universal». Tan alejado así del Dios de las religiones tradicionales como del puro ateísmo materialista o cientificista, Barrett puede asumir y completar la idea de una moral sin obligación ni sanción, de una moral de la creación pura y de la pura entrega. El materialismo y el determinismo no podrían haberla fundado; el teísmo tradicional de las religiones semíticas tampoco. Pero este despego del materialismo y del cientificismo, esta adhesión a una filosofía vitalista y a una concepción de Dios como fuerza espiritual que colabora con el hombre en la realización del bien, no eximen a Barrett de defender las ideas de Marx acerca de la sociedad y de la historia, en todo lo que tienen de fundamentalmente acertadas.

Un tal Dr. Ritter, a quien Barrett, con la generosidad que lo caracterizó siempre frente a sus adversarios, reconoce como hombre de vasta y diversa erudición, había sostenido, en una serie de artículos publicados en *El economista paraguayo*, que la cuestión social, además de ser en sí misma insoluble, no se había planteado todavía en Paraguay. Barrett le contesta en un ensayo que titula precisamente "La cuestión social". En la primera parte del mismo demuestra, contra las aseveraciones de Ritter, que siempre hubo explotadores y explotados y siempre, por consiguiente, la aspiración más o menos clara a acabar con la explotación y a emancipar el trabajo, suprimiendo la propiedad privada. «Profetas contra fariseos, plebeyos contra patricios, esclavos contra libres, siervos y pequeños burgueses contra señores feudales, artesanos y manufactureros contra patronos, es la eterna rebelión de los que no soportan ser tratados como máquinas, de los que prefieren la negación de

su ser físico a la de su ser consciente, y sucumbir a degradarse. Por eso la historia de la humanidad no es sino la epopeya única de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo. En todo instante el orden social fue observado y demostrado inicuo por los pensadores. Si el aspecto concreto de lo inicuo es la propiedad legal, su aspecto psicológico es la avaricia impune, la avaricia alentada, honrada, erigida en gloria y en virtud. Donde se establece la propiedad se establece la lenta y cobarde tortura de los desposeídos».

Señalar en Marx variaciones y contradicciones no es difícil —dice en la segunda parte de su ensayo Barrett—, pero lo absurdo es lo que no cambia y, por otra parte, lo que importa no es señalar las contradicciones sino saber interpretarlas. Marx establece la ley del progresivo empobrecimiento del proletariado. Se puede demostrar, dicen sus enemigos, que sucede todo lo contrario. En efecto, durante el siglo XIX, mientras el costo de la vida sube de 45 a 55, el promedio de los salarios sube de 45 a 105. Las entradas de los trabajadores se han duplicado. Pero, añade enseguida Barrett, en defensa de Marx, mientras nueve millones de trabajadores duplican sus ingresos, 420.000 miembros de la clase media triplican o cuadruplican los suyos y 12.000 miembros de la clase alta los sextuplican. Aunque en términos absolutos, esto es, considerados aisladamente, los ingresos de los trabajadores aumentan, en términos relativos (que son los que importan dentro de la Sociedad) son mucho menores, puesto que ha aumentado la distancia que los separaba de los ingresos de las clases superiores. Marx no tuvo en cuenta el incremento global de la riqueza social, gracias a nuevas técnicas y maquinarias, al surgimiento de nuevas industrias, a la explotación de tierras vírgenes, etc. Estudió la lucha de clases en un frasco cerrado. Pero no por eso las consecuencias que extrae dejan de ser, dentro de cierta esfera, válidas. Lo que Barrett no puede admitir es que los factores asumidos por Marx sean los únicos factores históricos. Con una actitud ampliamente ecléctica, afirma que «las tendencias psicológicas analizadas por Tarde, el papel que desempeñan los héroes según Carlyle, la influencia de los genios, cuya aparición misteriosa fecunda los siglos, el vasto residuo irre-

ductible que llamamos azar, todo eso, en la hipótesis de que Dios no se ocupa de nosotros, es también realidad que trabaja».

Pero, si bien el marxismo no puede considerarse como una explicación absoluta y definitiva de la Sociedad y de la Historia, sigue teniendo, para Barrett, el valor de aquellas leyes físicas que, nacidas en el aislamiento del laboratorio, no se cumplen en la realidad de la naturaleza, pero sin las cuales es imposible comprender lo que en la naturaleza sucede. «Los destinos del marxismo son análogos a los del darwinismo. Después de unos cuantos lustros, hemos reconocido que los factores darwinianos son insuficientes para explicar la biología. Hemos descubierto que las especies nuevas pueden surgir de pronto: ¡natura facit saltum! Nos hemos dado cuenta de que al lado de los fenómenos en que se retrata la lucha por la supervivencia del más fuerte o del más apto, hay fenómenos de asociación, de simbiosis, de alianzas en que el débil subsiste y colabora... Estas limitaciones del darwinismo le confieren su valor práctico y definitivo, Marx, con su concepto de la lucha de clases y del materialismo histórico, nos ha provisto de un método fácil y seguro, a condición de aplicarlo cuando se debe. ¿Y qué historiador de nuestros días no lo emplea, de Rodgers a Ferrero? La tesis de Marx, en su terreno propio, es tan inatacable como la química de la digestión en fisiología». Pero si el marxismo puede considerarse válido como método para interpretar la realidad social, resulta, en cambio, enteramente insuficiente como resorte de acción revolucionaria. Su determinismo parece inútil para estimular el entusiasmo proletario. «El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea de Newton, si tuvieran conciencia de ella? ¿Caería de otro modo el guijarro, si supiera que tiene que caer?» El sindicalismo, como movimiento, reciente todavía en la época de Barrett es, para éste, un movimiento religioso. Más aún, dice citando a Ferrero, el socialismo es la nueva forma de la religión, y, citando a Sorel y a Prezzolini, la huelga general es el gran mito del proletariado moderno. Por este mito se espera el advenimiento del Reino de los cielos, esto es, de la nueva sociedad socialista, como los primeros cristianos esperaban la

segunda llegada de Cristo. No está de más recordar aquí que Sorel sufrió la influencia de Bergson y que Prezzolini se cuenta entre los primeros representantes del pragmatismo en Italia. A ambos los cita Barrett con simpatía para fundar su propia concepción de la acción así como antes alude a las ideas neolamarckianas en biología, haciéndolas suyas. El socialismo de Barrett es el socialismo anárquico. Pero hay que advertir que su concepto del anarquismo es lo suficientemente amplio como para incluir allí a Anatole France (a quien llama «anarquista intelectual») a León Tolstoi (al que caracteriza como «anarquista místico») y aún a Spencer. No por eso deja de considerarlo como «extrema izquierda del alud emancipador», precisamente porque «representa al genio social moderno en su actitud de suma rebeldía».

Frente al gran problema de todo movimiento revolucionario de su época (que lo es también de la nuestra), es decir, frente al problema de la violencia, Barrett adopta una actitud matizada. Personalmente, por temperamento y por convicción, se inclina a la vía pacífica y a la resistencia pasiva. Admira a Tolstoi y también al Cristo de Tolstoi. Pero, como testigo y actor de la realidad social, como ideólogo y militante, no puede condenar la violencia ni sustraerse absolutamente a ella. La fuerza suele traer consigo la práctica de la violencia. El proletariado, protagonista de la lucha social y de la revolución, se siente cada vez más fuerte y, en consecuencia, se torna también más violento. Esto es inevitable. Y aunque la violencia sea lamentable, sólo cabe augurar que no sea inútil sino fértil. «Por desdicha, es probable que triunfe la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las violencias estériles por las violencias fecundas". Por otra parte, eliminar toda violencia es una quimera: «el mundo tiene un aspecto mecánico, en que necesariamente sobreviven las energías, no por ser más justas, sino por ser mayores». No se trata, pues, para Barrett, de suprimir la violencia, sino de unirla a la justicia. Sabe muy bien, a diferencia de Fourier, que la condición de los trabajadores no ha mejorado jamás gracias

al altruismo de los capitalistas, sino gracias al miedo que a éstos les infunde la fuerza de los asalariados. Así, aunque toda su sensibilidad proteste contra la violencia homicida, aunque toda su conciencia prefiera dar la propia vida antes que arrebatar la ajena, Barrett no puede condenar la violencia revolucionaria y la llamada «propaganda por el hecho». «¡La bomba! ¡El crimen! Sí, mi sensibilidad se subleva ante el gesto asesino. Yo concibo sacrificar mi existencia, pero no la ajena. Yo llevo clavada en el alma, como un dardo de luz, la persuasión de que lo esencial no es aplastar los cerebros, sino poblarlos. Y, sin embargo, me pregunto a veces si mi corazón se equivoca, si es necesario quizás a la humanidad para que siga marchando, como lo era a Beaumanois para seguir combatiendo, beber la propia sangre. Me pregunto con tristeza infinita si es necesario huir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta». En sus reflexiones, siempre dolorosas, sobre el hecho de la violencia, no deja de diferenciar, por lo demás, las modalidades y motivaciones actuantes. No es lo mismo —dice— la violencia de tantos héroes cuyas estatuas se yerguen en las plazas que la de aquellos que matan por la «idea», que matan, paradójicamente, «por amor», y «que eligen ser a un tiempo verdugos y mártires». No se puede olvidar —añade— que la violencia anarquista suele ser una simple respuesta a la violencia gubernamental. La ferocidad represiva del Estado es causa de nuevos atentados, frutos de la desesperación. De esta manera, Barrett, que no propicia la violencia y que visceralmente la rechaza, no puede dejar de comprenderla y de excusarla. «El anarquista de acción —dice— es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquéllos morían. Estos mueren, pero después de matar».

Tampoco en las disputas internas que dividen en la época al movimiento obrero mundial asume Barrett una actitud dogmática y sectaria. Anarquista y libertario como es, considera que la división entre marxistas y anarquistas, originada en el pleito de Marx con Bakunin, que hizo fracasar la Primera Internacional, es la última carta de la burguesía. Y, en lugar de atacar al marxismo o de fo-

mentar la guerra contra los socialistas autoritarios, cree necesario que éstos se encuentren con los libertarios en el terreno neutral del sindicalismo, porque, cuando ello se lograra «los minutos que le restan de vida a la sociedad burguesa estarían contados».

El pensamiento filosófico y social de Barrett puede caracterizarse, entonces, como un vitalismo espiritualista, de raigambre bergsoniana, que tiende a fundamentar una ética de la entrega (altruismo) y de la creación, una ética sin obligación ni sanción, la cual encuentra su principal objeto en la lucha por una Sociedad sin propiedad privada, sin clases y sin Estado, esto es, en una Sociedad tal como la concibe el socialismo libertario, sin que, en esa lucha, se deban desechar los válidos análisis históricos y sociales del marxismo.

Mi anarquismo
y otros escritos

Rafael Barrett

Mi anarquismo

Me basta el sentido etimológico: "ausencia de gobierno". Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la

verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer sus ideas por el terror. El que descubre se limita a describir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. ¿Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan a los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si logramos esclarecerlas nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las erigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarmes! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los

gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueve décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más inferiores, para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del borceguí, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme el caos si nos desembarazamos del borceguí, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿Qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos prácticos. No intentemos mejorar la ley, sustituir un borceguí por otro. Cuanto más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos enseguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

El esfuerzo

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crispar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible y nuestro espíritu ávido se desgarra.

Poner pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las

profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza: — ¡No me creaste en vano!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: — Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos un medio, sí, pero el fin es grande. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros, y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero. Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas, nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros. Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad. Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxito, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos al ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndonos a lo ignoto. Lentamente nuestra razón extiende sus leyes a regiones remotas. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. Extraños pensamientos cruzan

las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas que en nosotros se levantan, caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos adónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

El altruismo y la energía

Nietzsche, en su obstinado desprecio al cristianismo, hace de la piedad para con los inermes, de la simpatía hacia lo abortado, lo enfermo y lo triste, del anhelo de justicia reparadora en fin, otros tantos síntomas de una degeneración contagiosa. Para el terrible alemán, el egoísmo —egoísmo elevado, trágicamente bello a veces, propio de un metafísico Satanás— es sinónimo de energía.

Las varias formas del egoísmo, desde la vanidad a la ambición insaciable, desde la mezquindad de la solterona balzaciana a la codicia de un Rockefeller, desde la impertinencia del *dandy* a la ferocidad sanguinaria de Calígula, se manifiestan, sin duda, con extrema energía aparente en muchos casos. Pero conviene observar que los ejemplos famosos con los cuales los grandes de la tierra fijaron el recuerdo de su tonto y omnipotente capricho, no demuestran energía personal, sino la energía exterior acumulada por el azar en torno de una figura casi siempre insignificante. Nerón incendia a Roma. Suponiéndolo cierto, ¿qué prueba? ¿La energía de Nerón? Lo que prueba es el abatimiento de una sociedad que permite tales atrocidades. Las fuerzas enormes que el emperador tenía en sus vacilantes manos de imbécil no le pertenecían. Se había encontrado

con ellas. Nerón jugaba con los resortes de un colosal mecanismo que se le había regalado para diversión suya y para ignominia de la época.

Por lo contrario, Nerón era débil, como la mayor parte de los egoístas históricos a quienes se ha juzgado indispensables tan sólo porque no concluyeron totalmente con el género humano. Se vio la debilidad de Nerón a su caída. En aquel tiempo en que la dimisión de un funcionario consistía en suicidarse, trató el César de hacerlo, y su cobarde espada no acertaba. Tuvo un soldado que rematarle como a una res. Para decidir de la verdadera energía de un hombre, esperen a que caiga de su falso pedestal, esperen a que se le deje desamparado y desnudo. ¡Oh bochorno de los millonarios que al arruinarse aceptan el oficio de proxenetas o de tahures, oh vergüenza de los reyes destronados en el siglo XIX, escabullándose por la puerta trasera de sus palacios, a semejanza de lacayos despedidos! Napoleón mismo disminuye y decae en Santa Elena.

Napoleón era débil también, porque era egoísta. Puso el genio al servicio de su egoísmo infinito. Este parásito formidable de la humanidad estaba maravillosamente armado para devorarla. Napoleón, incapaz de irradiar energía y hasta de producirla en cantidad suficiente a su vida interior, robaba con avidez la energía externa. Su procedimiento evoca el de ciertos parasitismos en que el animal nutrido con jugos prestados es de una organización muy superior a la de su huésped. La debilidad trascendental de Napoleón necesitó un prodigio de inteligencia para la conservación del individuo.

Egoísmo es debilidad. Los cuerpos fríos se calientan a expensas de los otros. Eleven la temperatura de un pedazo de hierro, y a medida que aumenten la energía del metal, lo irán haciendo más y más generoso. Llegará un momento en que de puro ardiente resplandecerá y les iluminará el camino. La energía en exceso desborda y se desparrama por el espacio. Las almas generosas desbordan de amor. ¿No es natural el egoísmo en los niños y en los viejos, en las edades indefensas? Pero el egoísmo en la pujante juventud es doblemente odioso. Los que consumen son los que no crean. Los

que expolian son los desheredados de la voluntad. Los que matan, ¡ay! son los que se están muriendo.

La avidez del corazón del avariento, del cruel, es cosa melancólica. Consagrar la existencia entera a reunir dinero o a reunir súbditos o esclavos, es inconcebible para todo espíritu que no haya perdido el contacto fundamental con las realidades absolutas. El egoísta es un aislado, un privado de los efluvios vitales del universo. El egoísmo se acompaña por lo común de una atrofia no solamente sentimental, sino intelectual. La avaricia suele coincidir con la semi-estupidez. Una variante atenuada, la manía de coleccionar estampillas o cualquier otra clase de objetos, al estilo de las urracas, no se encuentra seguramente entre los aficionados a coleccionar ideas. ¡Y en cuántas ocasiones la crueldad se deriva de lo difícil que es para numerosos ciudadanos imaginar el dolor ajeno! Al egoísta le falta siempre algo: por eso se lo quita al prójimo. El altruista da precisamente lo que le sobra.

La debilidad del egoísta proviene con frecuencia de que el medio es pobre, de que no hay para todos. Las bestias carniceras son las que tienen que perseguir un alimento escaso y protegido. La abundancia reduce el número de egoístas. Los nueve décimos de la población humana no comen lo bastante. No nos extrañemos, pues, que el hombre se entregue a la lúgubre pasión del oro. El oro es pan y ropa y techo en primer lugar, y no hay techo ni ropa ni pan para todos los habitantes del planeta, a causa de lo torpes y miedosos que somos. Todos estamos amenazados de muerte si nos quedamos sin oro, y nos lo arrebatamos. El egoísmo es, pues, una contingencia por lo general; expresa una relación defectuosa con el ambiente, es una momentánea solución al problema del individuo. La especie resuelve sus problemas de distinta manera. La procreación, la crianza de la prole, acciones de largo alcance, son explosiones de altruismo. Es evidente, además, que el altruismo es mejor cimiento social que el egoísmo; así lo inmediato y lo precario y lo urgente es obra quizá de egoísta, mientras que los altruistas construyen lo profundo y lo duradero. ¡Son los más fuertes!

Darwin, estudiando biología, perdió la fe. "No puedo vencer la

dificultad que resulta de la extensión del sufrimiento en el mundo, dice... No puedo persuadirme de que un Dios bienhechor y todopoderoso haya creado los icneumones con la decidida intención de dejarles alimentarse de orugas vivas, o de que el gato haya sido creado para torturar al ratón". Nietzsche se alegra de espectáculo tan siniestramente artístico, y aplica a la médula europea los botones de fuego de una salvaje filosofía. ¿Y quién sabe? Darwin y Nietzsche no han visto tal vez más que lo provisorio.

El prójimo

Sin el prójimo, no nos daríamos cuenta de todo lo profunda que es nuestra soledad.

La naturaleza nos concede más íntima compañía que nuestros hermanos; es más piadosa con nuestras ilusiones. Nos deja hablar a solas y, a veces, nos devuelve el deseado eco de nuestros gemidos. Quizá por estar tan lejos de nosotros en la muchedumbre de sus formas extrañas, quizá por haber entre nosotros y ella una inmensidad vacía, consiguen nuestros sueños frágiles sostenerse en paz sobre el abismo sereno y puede nuestra sombra alargarse sin obstáculo. Así acompañaba Dios a los padres del yermo, y a Robinson en su isla, y se posaba el genio sobre el aeda de Guernesey. Pero los hombres se tapan unos a otros. Son demasiado semejantes, notas contiguas que disuenan. La sociedad anonada las armonías en germen. Cada cual se siente enterrado vivo por su prójimo.

La teoría de Pitágoras, para las almas geométricas, es un lazo social. Imaginan comunicar con Marte una noche, encendiendo sobre alguna planicie sahárica las líneas de la clásica figura. No es lo difícil comunicar con Marte, sino con el prójimo. Queda la palabra, las pobres palabras manoseadas por todos los siglos, prostituidas a

todos los usos, las palabras apagadas y marchitas, las que cualquiera comprende y no son de nadie. Sirven para las almas parches, que porque retumban se figuran que existen. Existir es un secreto. Pensar es amordazarse. ¿Cómo hemos de comunicar lo *nuestro,* lo que nos distingue? No se comunica sino lo que es común.

Tragedia incomparable la de millones de seres sedientos de imposible, condenados entre sí a estrecharse y desgarrarse sin poseerse nunca. Frutos prisioneros de una cáscara dura como el diamante y opaca como el plomo, sólo por su muerte abierta y rota. No es, el puñal, ganzúa suficiente para la misteriosa puerta. No hay audacia que despegue la máscara del rostro desconocido: juntos los arranca el negro zarpazo final que nos espera. Si no hubiera más que miedo, ira y odio en la comunidad, aún habría esperanza de unirnos al prójimo: inventaríamos el amor y la misericordia. Y no hay esperanza: la piedad insulta; después del delirio que aprieta contra nuestro seno carne tibia y adorada, comprendemos que la barrera está en pie, que nos ha acariciado la esfinge sin cesar de ser esfinge, y que los gestos de la pasión son gestos de rabia. El rayo del amor ilumina la hondura del hueco jamás cruzado. Tristeza de los gritos inútiles, de los aldabonazos sin respuesta, de las ofrendas ajadas en los umbrales del cerrado templo.

En las paredes de nuestra estrecha cárcel están pintados el movimiento y la vida; sendas que huyen al horizonte sin fin, y el azul de los mares y de los cielos. En las paredes de nuestro calabozo está pintada la libertad.

La sinceridad

No acaba la humanidad de ser libre. Ha tenido amos durante tantos siglos, que aún necesita el amo. Derribados los espesos muros de su prisión, todavía la aprisiona el recuerdo. Todavía le impiden caminar los grillos ausentes. El aire puro la ahoga. El infinito azul la desvanece. La libertad es también un yugo para ella. Llevamos en el alma la marca ardiente de la esclavitud: el miedo.

Nerón encontraría hoy un trono, y Atila un caballo, porque los hombres tienen miedo y reconocerían enseguida el familiar chasquido del látigo. A falta del déspota histórico, soportan un enjambre de tiranuelos que no les dejan perder la costumbre: galones y espuelas, cacicatos políticos, espionaje, capital y usura. El pensamiento teme, la lengua calla, y la sinceridad, como en tiempo de Calígula y de Torquemada, es siempre un heroísmo.

La libertad está escrita; yo no la he visto practicada. Inglaterra es una corte pudibunda; Alemania, un cuartel; España, un convento. No hay pueblos civilizados; hay hombres civilizados. No he visto pueblos libres, he visto hombres libres. Y esos pocos hombres, pensadores, artistas, sabios, no tienen nada de común con los demás.

Se les pasea como a bichos raros. Lo han hecho todo sobre la tierra, pero no es probable que lleguen al poder público. Por eso no se les persigue con la crueldad de otras épocas. Son los asombradores del porvenir. Se les mira como a monstruos. Es que pensar, decir, hacer algo nuevo es todavía una monstruosidad.

El miedo es lo normal. Su hábito es la hipocresía, su procedimiento, la rutina. Los que no son estúpidos simulan la estupidez. Hay que imitar a los demás, hay que ser como todo el mundo, como nuestros padres, como nuestros abuelos. Nuestro mayor orgullo es que nuestros hijos sean copia nuestra, y comprobar que la sociedad no ha dado un paso. Ocultemos la vida interior, las ideas, chispas que saltan de la fragua, las pasiones fecundas. Son la desgracia, el pecado. Escondámonos detrás de nosotros mismos, y aguardemos la muerte sin hacer nada.

Se explica la hipocresía del criminal. Comprendo sobre todo la hipocresía necesaria al débil. El débil no puede ser sincero. La sinceridad atrae el rencor, el rencor general provoca lo imprevisto. Sólo el fuerte resiste y ama lo imprevisto. La salvación del débil está en no distinguirse. También el insecto reproduce los matices del árbol que habita, y la víbora, por escapar del águila, se confunde con las ramas muertas.

Lo aborrecible es la hipocresía inútil, universal, que asfixia en germen la originalidad redentora y nos hace lacayos los unos de los otros. La ley de los carneros de Dindenault es la *suprema ley*. Nuestra existencia es un tejido de absurdos y de cobardías. El traje, la casa, el lenguaje, el ademán; el modo de entender la amistad, el amor y las demás relaciones sociales; las nociones de respeto, honor, patriotismo, derecho, deber; lo que, en una palabra, constituye el ambiente humano, está repleto de contradicciones humillantes, pintarrajeado con los grotescos residuos de un pasado semisalvaje, mutilado en fin de todo lo que signifique unidad y armonía. Cuando el conjunto de las cosas estaba orientado alrededor de un dios o de un príncipe, el espectáculo de la humanidad no era tan desagradable. Hemos suprimido ese foco ideal y hemos obtenido la democracia moderna, caso incomprensible del cual no saldremos

mientras no nos decidamos todos a mirar la realidad cara a cara, a ser sinceros y a despreciar la hipocresía.

La mayoría inmensa de los hombres es incapaz de crear una idea, un gesto. Darán la carne de la generación próxima y nada más. A fuerza de acallar su pensamiento lo han enmudecido para siempre; a fuerza de amordazarlo le han estrangulado. Su hipocresía ingénita ha dejado de serlo. De tanto llevar la máscara se han convertido en máscaras inertes, que no encubren sino el vacío. Son los sepulcros blanqueados de Cristo. Parecen vivos, y están difuntos.

Pero en muchos de nosotros se despiertan vibraciones nuevas, se levantan conceptos nuevos del destino y de la voluntad. En muchos de nosotros la razón habla, y no la escuchamos; embriones sagrados se mueven confusamente en nuestro espíritu, y los hacemos morir. Matamos lo que no ha nacido aún: tenemos miedo. Esperamos a que lo nuevo, es decir lo verdadero, lo hermoso, venga de otros. Otros, sí, bohemios melenudos, chiflados, vacilantes, hambre, fiebre. ¡Cómo nos hemos ingeniado en martirizar la dolorosa juventud de los mesías! ¡Cuántas veces les hemos clavado las manos y los pies, y nos hemos reído de su facha lamentable! Por fin se ha descubierto que el talento es una enfermedad, y el genio una locura. Arrastramos la librea burlándonos de los enfermos y de los locos que traen la aurora. Sin valor para libramos ni del oprobio de una vestimenta inexplicable, aguardamos a que cambien la moda los cómicos y las prostitutas.

Nos educamos en el disimulo y en la avaricia. Jamás nos ponen de adolescentes frente a la verdad para decimos "mírala, grítala". No; hay que callar o repetir. Hay que absorber la energía ajena, y petrificarla en nuestro egoísmo. Es preciso que con nosotros sucumba todo lo que vive dentro de nosotros; que con nuestra vida concluyan las futuras probabilidades de una vida superior.

Seamos sinceros. Bella es la máxima de amar al prójimo, y más bella la de amar al prójimo que no vemos, al que vendría mañana. Abriendo nuestra conciencia al viento y a la luz mientras respiremos, quedarán en el mundo, como prolongación de nuestro ser, formas duraderas o efímeras, nobles o humildes, avasalladoras o

débiles, pero formas nuevas, formas vivas que se unirán a otras para engendrar una molécula de armonía, formas esencialmente nuestras, y única justificación, único objeto de nuestra existencia breve.

Seamos sinceros. Libertemos cada día nuestra ingenuidad. Lancemos la semilla al surco desconocido. Suframos, ¿quién ha dicho que la vida es placer? Entreguémonos, ¿qué deseamos conservar, si no logramos conservar nuestros huesos? Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.

La obra que salva

Casi siempre que el telégrafo nos anuncia el fallecimiento de un hombre ilustre, se nos advierte que el condenado trabajó hasta el fin. Coquelín estudiaba el papel que le había confiado Rostand; Mendés escribía una comedia; Nogales, ciego a consecuencia de la enfermedad que le aquejaba, dictaba artículos a su hija. No cito sino desgracias recientes. Esos cadáveres, con la herramienta en la crispada mano, nos dan una lección.

Nos es permitido creer que el trabajo es indispensable a la escasa felicidad que puede encontrarse en la vida. No el trabajo esclavo, el trabajo que repite, sino el trabajo libre, el trabajo que crea. El primero es una inútil tortura, y la mayor parte de nosotros estamos sujetos a su ignominia; el segundo es una emancipación gloriosa; y Dios, al contemplar de qué modo ha embellecido y ensanchado el universo, aquello que por castigo nos impuso, debe de estar lleno de asombro. Deseemos que en el porvenir sean las máquinas las que se encarguen de ejecutar inhumanas labores, libertando la inteligencia del obrero servil, y haciéndole partícipe de la alegría máxima. Sin duda sería mezquino y vano pretender vivir sin dolor; nada tan despreciable como el ser que consiguiera mantenerse

indiferente o satisfecho ante el espectáculo de las cosas. El dolor es un elemento normal en el mundo. No sufrir es un síntoma patológico. O los nervios se desorganizan, o el alma se pudre. Se trata de utilizar el sufrimiento, y sobre todo se utiliza lo que se ennoblece.

La vida es un drama misterioso. No lo comprendemos, pero conocemos bien los instantes en que la acción se vuelve decisiva y suprema, y sabemos, vendados los ojos, que en cierta medida de nosotros depende aumentar la hermosura del destino. ¿De qué manera? Siendo lo que somos, realizándonos, renovándonos en la obra. Nacemos con inmensos tesoros ocultos, y la verdadera desdicha es la de hundirnos en la sombra sin haberlos puesto en circulación, así como la dicha verdadera consiste en la plenitud del organismo entregado por entero a lo que no es él. La solución egoísta es la peor, porque es insignificante. ¡ Qué tristeza, llegar intactos y con los bolsillos repletos a la tumba! No defraudemos a lo desconocido. No desaparezcamos a medio consumir. Que la muerte nos sea natural.

En la lucha por afirmarnos y prolongar nuestro grito, disponemos de recursos muy superiores a los de otras especies. El animal vence al tiempo gracias al amor físico. Nosotros poseemos además la prodigiosa matriz del genio. Y convenzámonos de que todos, microscópicos o gigantes, tenemos el genio; todos traemos algo nuevo a la tierra. Hay que descubrirlo; hay que beneficiar el metal del espíritu, y trabajar es trabajarnos. El sexo asegura la carne de la próxima generación, y el genio prepara los materiales para el genio futuro. Sin el trabajo que edifica y conserva la cultura de hoy para el trabajo de mañana, la humanidad estaría detenida en un perpetuo comienzo. Nuestra persona continuaría, por breve espacio, y fragmentariamente, representada en nuestros hijos, que a veces son nuestra antítesis, y a veces nuestra caricatura. Combatiríamos al azar, privados del monumento, de la estatua, del cuadro y del libro, naves sublimes con que cruzamos el océano de los siglos.

Es por la obra que nos ponemos en contacto con la enorme esfinge. No es seguramente como espectadores que descifraremos el enigma de la realidad, sino como actores. El trabajo hace la au-

topsia. No extrañemos la calma con que los héroes del arte y de la ciencia aguardan el término necesario de sus tareas. Para ellos, para su sensibilidad maravillosa, la vida es un viaje divino y resplandeciente: mueren fatigados y encantados; así se duermen los niños en la mesa, sobre sus cuentos de hadas, cuando viene la noche. El mayor problema filosófico es reconciliarnos con la muerte, y quizá lo resolvamos mediante la obra. De la adoración a la obra propia, nos elevamos al culto de la obra colectiva. Pensaremos en lo pobre, en lo ruin que sería a la larga una sociedad de inmortales, aunque estuviese compuesta de Newtons, Horneros y Césares. Pronto agotaría sus recursos; pronto giraría, estéril, en la presión de la forma única, y reclamaría desesperada una salida hacia la negra inmensidad. Entenderemos que la muerte es la gran renovadora, que no es ella quien nos destruye, sino quien nos engendra, y acogiendo maternalmente los trabajos de las venideras centurias, no sólo diremos, como el poeta a su poesía: "Ya puedo yo morir, puesto que tú vives"; diremos también: "¡Muramos contentos para que vivas tú, oh poesía universal!"

El retorno a la tierra

Confiemos en que un haz de energías ocultas converja por fin a la inagotable creadora que las aguarda con paciencia inmortal. Máquinas, ciencia, músculo, todo importa; pero más que todo, el amor, sin el cual el mundo es una tumba. Que nuestra huerta sea también un jardín. Que una bella historia habite en cada valle y cante en sus fuentes.

La enseñanza profunda del siglo XIX es la de nuestra identidad con la naturaleza. Hemos descubierto que los fenómenos físicos obedecen a leyes, es decir, a fórmulas intelectuales. La realidad se encaja en los moldes de la razón, como la llave en su cerradura. Pero no es sólo nuestra inteligencia la que, sobre la enorme y luminosa superficie del universo, se mezcla con su propia sangre, parecidamente a esos anchos árboles que hunden su follaje en los ríos, besando la sombra que tiembla sin cesar bajo las aguas; nuestra sensibilidad, nuestra carne perecedera y dolorosa se ha revelado hermana de la humilde carne de las bestias. La arquitectura de nuestros cuerpos se ha revelado la misma: el mismo nuestro oscuro origen y el juego de nuestros instintos; la misma, quizá, nuestra destinación misteriosa.

Los mitos artificiales y provisionales que se interponían entre la verdad y nuestro corazón, se han desvanecido. Nos hemos despedido de muchas fábulas delicadas, de muchas leyendas terribles: hemos renunciado a nuestro abolengo orgulloso y estéril. No somos ya hijos de los dioses. No está ya nuestra grandeza en el pasado, sino en el futuro. No es de arriba y de lejos de donde nos viene la vida, sino que nos envuelve, nos abraza, nos penetra. Semejantes a las plantas, sentimos las partes elevadas de nuestro ser besadas y agitadas por el viento libre, al tiempo que nuestras raíces, largas y tenaces, nos atan cada vez mejor a las tinieblas fecundas. Y he aquí por qué amamos la tierra más sólidamente, más lúcidamente, más humanamente.

Fuera de las ciudades, se manifiesta la estructura natural de nuestro organismo, enervado y descastado por la lucha social. Aislado, el hombre se vuelve hombre verdaderamente. Ante la paz de los campos y el silencio puro de las noches, cae de nuestros rostros crispados la mueca ciudadana. El reposo consuela nuestras conciencias doloridas. Poco a poco, las costumbres suaves de la edad primera nos devuelven la serenidad. Consideramos sin espanto los eternos problemas que enloquecían a Hamlet. Aprendemos que el alma tiene también sus estaciones; desolados por el invierno, esperaremos en la graciosa primavera. Imitaremos a los sembrados de oro que ondulan al sol: sabremos revivir. El tronco añoso no cree nunca florecer por última vez. "Renovarse o morir" —dijo el poeta—. Pero ¿morir no es renovarse? Retornemos a la madre tierra.

El valor

La lucha inacabable con la naturaleza ha cambiado de forma.

No son ahora los tiempos en que la noche era terror; el día, caza; en que no había otro problema que el de comer y no ser comido. Sin más refugio que un agujero entre las rocas, sin haber conquistado aún el cortante sílex que se ata a un palo y la llama que hace retroceder las tinieblas donde cuchichea la muerte, el hombre combatía cuerpo a cuerpo con la realidad. Eran sus uñas, sus dientes, sus músculos, sus fundamentales instintos los que se adherían desesperadamente a la vida. Había que salvar a la humanidad de las fauces del tigre y del abrazo del oso. Había que ser astuto; había, sobre todo, que ser feroz.

Pero después la inteligencia, en una inexplicable crisis, creció monstruosamente, y desbordó de los sentidos. Incapaces de seguirla y de servirla, la inteligencia prescindió bien pronto de ellos, y se fue fabricando los delicados o colosales órganos que necesitaba: las máquinas. Y hoy vemos lo invisible, estrellas perdidas en el fondo de los espacios y microbios que viven a millones en una gota de sangre; palpamos casi las moléculas y el éter, apreciamos las

más imperceptibles vibraciones y las más formidables magnitudes; escuchamos, a centenares de kilómetros, el susurrar de una voz. Nuestro aliento ruge en las calderas o clama con la dinamita; nuestros músculos de metal aplastan las rocas; nuestras uñas y nuestros dientes abren las montañas; nuestros nervios son una red de alambres que aprisiona la tierra. La eterna batalla no es ya un episodio cruel de la historia de las especies, sino un designio del universo; no es ya una tentativa, es una verdad que marcha con la majestad de un poema; no está hecha ya de incertidumbre y de ferocidad, sino de pensamiento y de valor.

Es preciso tener valor. Doblemente es preciso, porque antes de encontrar la naturaleza hay que encontrar a los hombres; antes de herir y fecundar la realidad sombría hay que herir y fecundar los cerebros entenebrecidos de nuestros hermanos los brutales, de nuestros hermanos los supersticiosos, de nuestros hermanos malvados y débiles. Hay que lanzar las ideas nuevas contra las ideas viejas; hay que conspirar contra el pasado, y barrer los fantasmas. Estamos en camino. El mal persiste siempre detrás de nosotros, como una manada de lobos que aúllan. Detenerse es morir.

El genio no es nada sin el carácter. Si somos cobardes, nuestras ideas lo serán también, y no se atreverán a dejar su rincón oscuro para salir a la luz. Es necesario no proponerlas, sino imponerlas. Sólo resiste a la fuerza lo que la fuerza construye. Como la gran mayoría de los hombres no conoce ni teme más que la fuerza, aceptarán el bien cuando no haya otro remedio. Por eso, lo primero es ser fuertes. Se persuade con los puños, y se defiende la verdad con la punta de la espada.

Los grandes depósitos de energía humana, dinero, dictadura social, masas de obreros y de soldados, están en poder de la estupidez, la crueldad y la avaricia. Nunca ha sido más indispensable el valor que ahora. Sabemos el punto exacto que hay que atacar. Sabemos dónde está la ruta, y por qué sitio del horizonte vendrá el sol. Sabemos que un puñado de espíritus superiores, prisioneros de la inmensa mole esclavizada, son lo único que hace avanzar el mundo. Comprendemos que mientras no les pertenezca el poder político

la humanidad no será libre, y sentimos que esa suprema obra exige toda nuestra inteligencia y todo nuestro valor.

Se rechaza el consejo del pacífico sabio, y se acata la orden de un imbécil con el sable al cinto. Afirmemos valientemente nuestra convicción, y no nos dejemos amordazar. El silencio siempre es cómplice. No seamos humildes, no prostituyamos la razón, que nos hace sagrados. La palabra del profeta debe estallar como un trueno. Disciplinemos nuestro organismo, hagámonos amantes de la obstinada lucha. Las ideas, flechas sublimes, se forjan en el reposo, pero es la voluntad la que tiende el arco.

El azar

El azar llenaba el espacio infinito y la eternidad del pasado cuando el hombre apareció: un punto, punto de fuego que no se apagó nunca, ojo que nunca pudo ser cegado. Allí concluía la libertad sin forma del caos, y empezaba la extraña libertad del hombre. Y el hombre construyó su nido; sobre el ojo, la frente; el punto fue una llama minúscula que ardía en medio de lo inmenso; imperceptiblemente retrocedió el azar. Y el nido se ensanchó, y el azar siguió retrocediendo.

La llama vacilante y central iluminaba débilmente masas oscuras, que galopaban en el vacío, siempre enormes y diferentes, monstruos, que caían al precipicio inacabable. La llama persistía. El hombre prolongaba a lo desconocido la constancia de su genio y la identidad de su especie. Semejante a sí mismo, crecía. Lo inerte temblaba a su voz, y se alzaba hacia él. Los delirios desbocados y negros se inclinaban y torcían y deseaban girar en torno de él. En verdad, era el centro. Las rocas se juntaron para abrigarle; las simientes por su mano lanzadas, fructificaron, sus ideas buscaron lo invisible, y las moles sin medida se estremecían en su carrera al cortar los hilos de luz tendidos por el hombre.

Y los pies del hombre hicieron redonda a la tierra, y su mente organizó el firmamento. Los astros obedecieron a la geometría. Los siglos innumerables agitaron sus limpios, y ordenaron sus osamentas en los archivos del globo. El deseo del hombre engendró por fin cosas futuras, y el azar huyó detrás de las estrellas.

Y al huir dejó rastros entre nosotros, brumas, pozos, filamentos siniestros, estelas amenazadoras, errantes vientos, tempestades, catástrofes inesperadas, rápidas traiciones como zarpazos de tigre, la vida, donde hay tanta incertidumbre, y la muerte, donde hay más incertidumbre aún. Pero la muerte misma, que detiene a cada hombre sin detener a la humanidad, no es completamente inaccesible; la hacemos esperar, impacientarse; se le llama; se le violenta, se le mira de frente. El azar que resta no es puro azar; está amasado con nuestro espíritu triunfante. Y siempre queda, para toda conciencia y dentro de sí propia, el refugio supremo, la cima donde nada alcanza, y donde el hombre se siente invulnerable.

Y así como el hombre tiene la virtud vital de perseguir y pulverizar y disolver y aniquilar, el azar que todavía subsiste, y que por numeroso y formidable que parezca no es más que un residuo, tiene también el poder suicida de hacerlo tomar entero y de un golpe, de condensarlo dos veces tenebroso, entre los dedos trémulos del jugador. Basta un gesto para cavar un microscópico Maelstrom capaz de tragarse familias y pueblos. Basta un instante de locura o de cobardía para abrir a nuestro lado un estrecho abismo sin fondo, y para que el universo agujereado pierda su sangre luminosa, y se hunda en la absoluta noche. Baraja, ruleta, trivialidades que encierran el enigma devorador, y ante las cuales el hombre se anula más eficazmente que muriendo, porque la muerte no es azar sino a medias. El que logró señalar su rumbo fantástico a los cometas, se convierte en un espectro inútil, en un testigo idiota y mudo, en la nada. Sobre él, cae el infortunio y el desamparo fundamentales. Así los jugadores se entregan al fatal Océano cuyas orillas han suprimido, y no tienen otro recurso que sortearse para comerse entre sí. En cuanto nuestra razón se retira, el azar avanza, empujado por la presión de los lejanos y colosales depósitos.

Pero entra el tahúr, y se sienta a la mesa de juego, entre los fantasmas esclavos. Valido de la trampa sutil, corrige y guía a la estúpida casualidad. Es el piloto. Ante él huye de nuevo el azar detrás de las estrellas. Ante él la luz renace. En él la humanidad soberana reaparece.

El odio

Hay odios que no son más que amor. Cuando Zola, en el primer arranque de su talento titánico, escribió el famoso artículo *Mes haines,* que es una fulmínea imprecación a los imbéciles y a los hipócritas, demostró heroico amor a la ciencia y a la sinceridad. Benvenuto Cellini discutía escultura a puñaladas en las calles de Florencia. Su puñal estaba tan enamorado al defender la belleza, como su cincel al retratarla. Delante de Napoleón no había enemigos que aniquilar, ni aborrecimientos que estrangular, sino problemas que resolver. "Para un espíritu superior, decía el sublime combinador de batallas, no existen más que hechos ". Napoleón amaba la guerra sin odiar a nadie. Los grandes ambiciosos, nacidos del pueblo para apoderarse del pueblo, fueron grandes amantes de sí mismos. Su vitalidad desbocada engendró el sueño insolente de la gloria, y con fanatismo profético transfiguraron su destino en leyendas deslumbradoras. ¿Quién cuenta las víctimas anónimas del tirano que funda naciones? Su mano ensangrentada es venerable. Su espada y su látigo son reliquias. Sólo el amor arraiga y procrea.

Los fuertes no pueden odiar. Se odia de abajo a arriba. La salud no odia, y el odio absoluto, la obsesión del mal por el mal, el de-

signio de la destrucción inútil es cosa de enfermos. La lucha por la vida, con todas sus ferocidades, no es más que el santo amor a la vida. De las decepciones que exageró sin soportarlas nuestro cerebro anémico, de las humillaciones merecidas que nuestra cobardía y nuestra debilidad hizo fáciles y no dejó castigadas, se amasa nuestro odio. Los que apenas tienen fuerzas para no ser aplastados las emplean únicamente en odiar, y destilan la última defensa de los organismos inferiores: veneno.

El odio y la corrupción juntos. "Compadezco al demonio, exclamaba Santa Teresa, porque le está prohibido amar". El amor se queda a la puerta donde Dante leyó la inscripción terrible. El Infierno es el lugar del odio eterno. Si en los instantes de dolor y de angustia, cuando nos rodean las tinieblas y la maldad humana, somos aún capaces de amar, de combatir sin odio, estamos salvados. Si odiamos, estamos perdidos. Cuando los romanos empezaron a odiarse y a delatarse bajamente, comenzó la agonía de Roma. No eran los emperadores crueles, sino viles los ciudadanos. Llegó un día en que los cristianos odiaron también, y se hicieron católicos. Los instrumentos de tortura que el odio inquisidor imaginó en España asesinaron por segunda vez a Cristo, y Cristo no resucitó. La religión española, deshonrada desde entonces, se ha convertido en un materialismo grosero. Así mueren los cultos, alma de las razas, y así mueren las almas de los hombres. Odiar es obedecer a la muerte.

No es al amor a quien hay que pintar ciego. Es el odio el que no ve ni comprende. Las ideas se aman, y sólo se odian las personas. El odio es mezquino como su objeto. Toda la ilusión del que odia consiste en herir la miserable envoltura ya condenada por leyes fatales a desvanecerse. ¿Cuál será tu triunfo, odio que caminas con los ojos bajos, buscando un arma que se clave, un alfiler que pinche, un pedazo de lodo que manche? Desgarrar unas entrañas: ahí concluye tu obra. El amor las fecunda, y su obra no tiene fin.

Odiamos demasiado. Al despojarse del prestigio que le daban los tradicionales factores históricos, semi-anulados hoy por la democracia, el odio social se ha desnudado de cuanto lo volvía interesante y casi poético. Ha sido, como tantas otras cosas, reducido a su

verdadero tamaño por el positivismo del siglo XIX. Se ha revelado individual, vulgar y monótono. Ha descubierto netamente su repugnante raíz, la envidia, y su procedimiento habitual, la calumnia. De gigante que dislocaba fronteras se mudó en microbio que infecciona el hogar y hace irrespirable la política.

Pero la trágica cuestión económica tornará a organizarlo vastamente. La humanidad se ha dividido en Caín y Abel; el rico y el pobre. Los desniveles de dinero, en vez de producir energía matriz, como todos los desniveles mecánicos, producen odio mortal. La estúpida y salvaje dinamita había de ser el verbo de ese odio. El trabajo es un tormento, el afán de libertad, sed de venganza, y el progreso, crimen. Emponzoñada en sus fuentes vivas, la civilización se siente más en peligro que cuando el Asia volcó sobre Europa el mar furioso de sus hordas innumerables.

Hasta a la Naturaleza odiamos. Nuestras horrendas construcciones profanan los suaves y profundos paisajes que hubiéramos cantado en otro tiempo. Esclavos del oro, cotizamos los encantos del planeta, explotándolo sin compasión. Nuestra admiración es industrial. Hemos olvidado el virgiliano amor a la tierra madre. No es ya el secular arado quien abre con ternura su vientre para preparar la venida de la simiente misteriosa. Encontramos mayor placer en hendirlo a golpes de explosivo para saquearlo. Y también nos odiará la tierra. Vagaremos hambrientos sobre su seno destrozado y estéril. Temblará de ira formidable, y hará desplomarse nuestras fútiles torres de Babel.

El paisaje

La ciencia establece relaciones entre las cosas. La belleza también, y aunque las relaciones estéticas sean diferentes, parece innegable que, merced a causas profundas, lo bello y lo verdadero se refuerzan y enriquecen recíprocamente en nuestro espíritu. El firmamento, ayer palacio de dioses, hoy morada del infinito, es más hermoso para nosotros que para los antiguos. Más hermoso es el mar, desde que sabemos que es más hondo y que una vida innumerable y fantástica agita su misterio seno. La naturaleza toda, preñada de nuestras ideas, trémula de nuestros esfuerzos, es a la vez más humana y más imponente. Se pierde en la sombra impenetrable como una inmensa montaña en medio de la noche, pero sentimos que la tierra que pisamos es tierra firme, y que subimos poco a poco.

Por fin tocamos algo que no huye. Nuestra imaginación, tantos siglos creadora de absurdas y queridas quimeras, empieza a nutrirse de la realidad, y nuestra esperanza a servirse de órganos. Soñamos quizá, pero soñamos despiertos. Todo nos es distinto, porque hemos cambiado mucho.

Vemos de otro modo la naturaleza, y recibimos de ella un don

nuevo: el de poder amarla. A medida que nuestro pensamiento penetra sus enigmas, ella va penetrando nuestro corazón. Pero amar es todavía comprender; es comprender mejor, y volvemos a ella, a la madre inmortal, cada vez más amantes y más fuertes.

Es curiosa la insensibilidad de nuestros padres. Se diría que las generaciones han pasado sobre el planeta sin oír y sin ver, alucinadas. La paleta de Hombres es de una pobreza desesperante. Su Mediterráneo gime con gemidos retóricos; los verdaderos están en los viajes de Pierre Loti. No hay que buscar en la *Odisea* el divino azul de las ondas hendidas por las sirenas blancas, sino en los versos de Henry de Régnier. La poesía latina no da nada equivalente a una de esas prosas de Rubén Darío, llenas de luz y de aromas. Desde el bajo Imperio hasta el siglo XVIII, a través de los neo-helenos y de los Padres de la Iglesia, de los místicos españoles, de los dramáticos ingleses y de los poetas cortesanos, iguales lugares comunes han rodado bajo la pluma de ganso de los copistas. Pero las bellezas naturales no están ya ocultas por el mito, ni manía cristiana nos las hace odiosas. Nuestro es el Adriático de Gabriel D'Annunzio, y nuestras las selvas y las aves de Michelet. Las flores de Tennyson son las más puras flores; las fuentes de Valle-Inclán las más frescas fuentes. El milagro, al retirarse del Universo, le ha devuelto toda su ingenua majestad.

Los épicos descubridores del XVI apenas hablan de los grandiosos paisajes americanos. Quizá estuvieron demasiado entretenidos para retrasarse a tales menudencias. Lo cierto es que los buques cargados de tesoros no trajeron al Viejo Mundo una sola emoción artística, y que cualquier jira inocente de Gautier o de Maupassant por los domésticos rincones de Europa es más interesante para una inteligencia refinada. Hasta Rousseau, Humboldt y Chateaubriand, la naturaleza no preocupa por sí misma. Es el fondo de las narraciones legendarias o de las intrigas novelescas, un fondo hecho siempre de las mismas cuatro pinceladas convencionales, una decoración que sirve para todas las comedias. El tema único es el hombre, porque las divinidades son hombres también. La naturaleza es un acompañamiento insignificante.

Más extraño parece que la pintura sugiera iguales reflexiones. La figura humana fue llevada por el renacimiento a una insuperable perfección. El paisaje, en cambio, ese arte delicioso nacido ayer, no era comprendido ni deseado. Sorprende la puerilidad de los jardines donde reposan los admirables desnudos del Tiziano, y hacen casi reír los chafarrinones azul Prusia de los términos lejanos de Velázquez, el magnífico pintor *naturalista*. Si los grandes maestros se fijaban en la naturaleza era para hurtarle asuntos decorativos. Hoy la miramos con más respeto, porque hemos aprendido que ella es la sola fuente universal, y que también nosotros somos naturaleza.

En el paisaje la pintura no es sino pintura, y la belleza tiene ese carácter de inmaculado, de homogéneo, de inexplicable, que resplandece en la música. Verdaderamente un hermoso paisaje, fingido o real, produce la vaga y enervante sensación de una armonía. Los *Murmullos de la selva,* de Wagner, están más cerca de la realidad que la mejor descripción literaria. El célebre trozo del *Sigfrído* no es un trozo imitativo. ¿Quién habla en serio de imitar a la naturaleza? ¿Será conveniente también imitar a la naturaleza para amar, engendrar y morir? Vivir no es imitar. El problema es más complicado, más inaccesible. El paisaje, como la música, desciende a las más íntimas capas de nuestro ser, mucho más allá de lo explorado por nuestra razón balbuciente, mucho más debajo de lo que sondean nuestros instrumentos de latón y cristal.

Mas ¿qué importa no comprender todavía, si sentimos cada vez más? Somos más nerviosos, más vibrantes. Nuestros sentidos se afinan y se perfeccionan. Maravilla la sensibilidad de un Shelley, de una condesa de Noailles. ¿Qué diremos de la retina de un Whistler o de un Sorolla, del oído de un Chopin o de un Debussy? Jamás estuvo el hombre tan apto para ver todos los matices, para oír todos los suspiros, para estremecerse y meditar. Pero no es la variedad, sino la significación de nuestras nuevas impresiones lo que debe exaltarnos.

Todo significa que lazos estrechos, entre las tinieblas, nos atan a las cosas. Melancólicos, tiernos o excitantes, los sentimientos que

en nosotros despierta el paisaje son la expresión de una verdad. La verdad es que somos hermanos de la tierra, de los árboles, de las aguas y de las estrellas, y que cada día somos y nos sentimos más hermanos. Las metáforas que nos identifican con la naturaleza nos deslumbran. "El alma, dice Turguénev, es una selva oscura". "Un paisaje, dice Amiel, es un estado de alma".

No, no son metáforas. Si la sustancia de nuestro cuerpo es la misma que sube por el tallo de las plantas, se desliza con la corriente de los ríos y luce en el parpadeo de los astros, ¿por qué los astros, el mar y los bosques no han de desear, esperar, soñar? Nuestro más noble ideal es que el sueño del mundo sea nuestro propio sueño.

Actos de esperanza

Analizad las virtudes viriles y descubriréis que se reducen a una: la esperanza. No seríamos jamás constantes, heroicos, verídicos, pacientes, si no esperáramos, si no esperara nuestra carne, nuestra inteligencia, nuestro ser oculto, si no confiáramos, hasta durante la agonía, en los frutos del tiempo. El tiempo camina sin mirar atrás; todo le es permitido menos arrepentirse y deshacer su obra. No podemos más que avanzar. El Universo no retrocede. ¿Cómo no llenarnos de esperanza? ¿Cómo no adelantamos a las posibilidades maravillosas? ¿Cómo no sentir la inminencia continua de lo nuevo, de lo que a nada se asemejará? Creíamos que no se debe esperar sino en los dioses; que sólo ellos son sagrados. Error: todo es sagrado, todo colabora, puesto que todo vive. Somos sagrados en primer término; la naturaleza no nos ha revelado hasta hoy ningún factor tan prodigioso como el hombre. Admirémonos de nosotros mismos; esperemos en nosotros mismos. Aprendamos a venerar los misterios que encierra nuestro espíritu y a fiarnos de su incalculable potencia.

El mal es profundamente insignificante, porque no es capaz de detener el mundo. No demos demasiado valor a los males que hici-

mos; no recordemos demasiado los momentos en que la noción de nuestro destino se oscurecía. Ahuyentemos los dolores estériles, el remordimiento, la idea del pecado, la manía de la expiación. No somos pecadores, no somos culpables; la mayor y la más estúpida de las culpas sería castigarnos o castigar al prójimo. No somos reos ni jueces; somos obreros. No atribuyamos al mal una consistencia que no tiene; matémosle con el olvido. Nuestro corazón está limpio; levantémonos alegres y ágiles en el designio del bien. Un minuto de bien anula los crímenes de la historia. Y olvidemos con igual serenidad el mal y el bien que pasaron. Si fuimos santos o delincuentes, ¿qué importa? No somos ya lo que fuimos. Nos despertamos otros cada mañana. ¿Quién dijo que en nuestra vida no vuelve la primavera? Vuelven amorosamente sobre nosotros innumerables primaveras. Nos renovamos siempre; vivir es renovarse. Olvidemos los fantasmas; esperemos en lo único que existe: en el porvenir.

Y olvidemos también el mal y el bien que nos hicieron. Seamos bastante grandes para amar sin causa. Además, el hombre sincero merece sufrir. Por mucho que yerre, lleva en sí un átomo de esa cosa terrible: la verdad. La especie humana, con un pudor salvaje, se resiste a la verdad que la fecunda, y el hombre sincero padece la traición de los amigos, la persecución de los poderosos, y conoce el abandono y la miseria. Mas ¿qué valen sus molestias exteriores si se las compara con la divina exaltación de su alma? El que bebe en esa copa sublime no se cura nunca. Y poseídos de la embriaguez del bien, del vértigo del futuro, seguimos la marcha. Apartemos los ojos de la noche que se inclina; fijémoslos en la aurora. Y si el pasado intenta seducirnos con su arma de hembra, la belleza, rechacemos la belleza, y quedémonos con la verdad.

Lo viejo y lo nuevo

No todos los argumentos de los que defienden el pasado merecen nuestra estima. Hay quien venera lo viejo porque de lo viejo vive, a semejanza de esos gusanos que roen madera descompuesta y papel de archivo. Cuanto más antigua es una ley, una costumbre, una teoría o un dogma, se los respeta más. Habiéndolos contemplado en la lontananza de los siglos que fueron, se los vislumbra en la de los futuros como una provisión inagotable que podrán roer las generaciones conservadoras.

Y, sin embargo, ¡qué pobre argumento el de la ancianidad de las ideas! Es difícil no sonreír cuando se abre un código y se lee al pie de la página la sesuda nota en que el comentarista fundamenta un artículo. «Este artículo es casi sagrado, murmura el infeliz, nos viene de las Partidas, de los Romanos». ¡Ah, los Romanos sobre todo! Pero la humanidad cambia, inventa, sueña y por lo común cuanto más vieja es una cosa, más inútil es. Lo viejo es un resto de lo bárbaro. Es un vestigio del mal, porque el mal es lo que dejamos a nuestras espaldas. Cierto que las leyes que nos encadenan son romanas aún, lo que me parece escandaloso después de dos mil años; felizmente nuestra física y nuestra biología no son las de Roma, son las nuestras.

Muchas inmemoriales construcciones deben su duración a su divorcio mismo con lo real. No son ni siquiera obstáculos. Las corrientes de la vida se han acostumbrado a rodearlas para pasar adelante, y pasan en graciosa curva sin tocarlas ya. No es obediencia, es olvido. ¿Quién hoy, por muy Papa y muy obispo que sea, ha dedicado media hora a meditar seriamente en el problema de la Santísima Trinidad? Y no obstante a causa de él se han dado en otro tiempo de puñaladas por las calles. ¡Oh, armatostes apolillados, erguidos en medio de la distracción universal! Un buen día el pensador os ve, se ríe y os derriba de un soplo. Bastó un irritado sacudir de hombros para que el pueblo francés volcara el trono más glorioso de Europa. Mañana bastará un gesto para barrer del mundo las sobras romanas. La inmutabilidad no es signo de fuerza, sino de muerte. Hay entre nosotros ídolos enormes que no son sino cadáveres de pie, momias que una mirada reduce a polvo.

Otros adversarios, delicados amantes de las ruinas, nos dicen: «¡Qué ingratos sois con los muertos! Sois hijos y herederos de los muertos; cuanto tenéis era suyo. Vuestro pensamiento y vuestro idioma, vuestras riquezas y vuestros amores, todo os lo legó el pasado. Y volvéis contra el Pasado, de que está hecha vuestra sangre y hecho vuestro espíritu, las armas que habéis recogido de las tumbas. Os suicidáis cortando vuestras propias raíces».

Pues bien, ¡no! No somos solamente hijos del pasado. No somos una consecuencia, un residuo de ayer. Antes que efecto somos causa, y me rebelo contra ese mezquino determinismo que obliga al Universo a repetirse eternamente, idéntico bajo sus máscaras sucesivas. No; el pasado se enterró para siempre en nosotros mismos. Decid que es quizá limitada la materia disponible, que fabricamos el ánfora nueva con el viejo barro, que para cuajar mis huesos tomaron las cenizas de mi padre. Decid que la Naturaleza, en su noble afán de hacerla más hermosa, funde y toma a fundir infatigablemente el bronce de la estatua. ¡Pero qué importa la materia! La forma, el alma es lo que importa. Sobre el pasado está el presente. Todo es nuevo; nueva la alegría de los niños, nueva la emoción de los enamorados, nuevo el sol de cada aurora, nueva la noche a

cada ocaso, y al morir nuestra angustia no será la de nuestros antepasados, sino un nuevo drama a las orillas de un nuevo abismo. No digáis que el hijo reproduce al padre. No pronunciéis esta frase cruel y necia: «Nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes». Blasfemia profunda, que hace de la humanidad espectros y no hombres. No somos el pasado, sino el presente, creador divino de lo que no existió nunca. No somos el recuerdo; somos la esperanza.

Sueños

Si la vida es sueño, también soñar es vida y fuente oculta en que beben las almas tristes y supersticiosas. El sueño, hijo del cansancio y de la noche, imagen de la muerte, tiene quizá secretos parecidos a los que la muerte encierra, y la lira agria del antipático Quevedo, al glosar este asunto, deja por fin caer sones dulces y graves. Según el vulgar sentir, nos habla el sueño de lo que más nos preocupó durante el día. Pero no siempre es lo que nos preocupa lo que más nos importa y a creer ciertos finos ingenios, el soñar resucita las ideas descuidadas. Así, Dechartre, apasionado personaje de France, dice: «Vernos de noche los restos desgraciados de lo que hemos omitido en la vigilia. El sueño suele ser el desquite de las cosas despreciadas, el reproche de los seres abandonados. De ahí su imprevisto y su melancolía a veces». Admitamos o no las teorías nerviosas de los Räbl-Rückhard y de los Cajal para explicarlo, no podemos negar, sin que necesitemos de sonambulismos ni de mediums, que el sueño nos pone en contacto con realidades nuevas. Baste el ejemplo de los órganos enfermos, cuyos dolores se sueñan antes de ser padecidos en la conciencia normal, hecho que constituye el primer síntoma de algunas lesiones en las partes in-

ternas e insensibles del organismo. Porfirio observa que de las nociones del sueño discurrimos, hasta cierto punto, cuando estamos despiertos, mas que no se adquiere el conocimiento y la percepción de ellas sino por el sueño mismo, y saca una consecuencia notable: «Mediante la inteligencia decimos algo del principio superior a la inteligencia, pero tenemos intuición de él mucho mejor por una ausencia de pensamiento que por el pensamiento». He aquí la justificación metafísica del éxtasis religioso, que es un sueño también.

No pidamos alta mística a los pueblos primitivos; consideremos piadosamente las interpretaciones que dan a sus sueños los campesinos paraguayos. No es extraño que soñar flores signifique suerte; subir una escalera, honores; gatos, traición; animales cornúpetos, infidelidad; sangre, crimen. Una analogía fácil de encontrar hace que el sueño, donde salgan rubios, anuncie dinero; si aparecen fantasmas blancos, muerte; si toros, enamorado; si niños bellos, simpatía; si sandías, preñez. La analogía es poética en el caso de los huevos rotos, que simboliza desgracia, y deliciosamente tierna en el de la contemplación de la luna, porque es señal de que el amante recuerda sus amores con cariño. Un contraste violento impone a los piojos y a la basura que representen prosperidad. La mujer que sueña con cualquier fruta verde esperará próximo embarazo. Curiosa ilustración de las razas: soñar con negros indica dolencia; con mulatos plata; con indios, dicha. Las carretas avisan mala noticia. ¿Por qué, si se nos caen los dientes en sueños, hemos de temer morir y si aparecen víboras a una muchacha tendrá pretendientes, y la carne trae luto, y el sexo femenino buena estrella? ¡Misterio! Pero lo siguiente, en este sufrido país, se demuestra por sí solo: soñar con cotorras significa pleito, y con tigres o leones la visita de la autoridad.

La rehabilitación del trabajo

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del Génesis, castiga con el trabajo, ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Le hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo —de dos años y medio— juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, ¿no ha de estarlo también la del espíritu? Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor, hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes; el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irisados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más.

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud del trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad.

El carnaval

"Una máscara, sobre otra", dice Shakespeare. Hace falta una doble protección para arriesgarse a ser sincero. El Carnaval es, ante todo, la fiesta de la sinceridad. Durante algunos días somos todo lo francos que se puede, a costa de caer en la desvergüenza; hablamos casi lo que pensamos; nos atrevemos a parecer locos, es decir, a parecer lo que somos; nos desahogamos de doce meses de hipocresía. ¡Admirable privilegio! Nos es permitido correr, cantar, gritar y reír a gusto, y uno se viste como quiere. Se suprime la rutina, la correcta convención, la mitad de las farsas sociales; se nos cura del terror más ruin, el terror al ridículo, se nos felicita de lo grotesco, se descorre el cerrojo a la fantasía, se nos vuelve espontáneos, se nos improvisa una especie de segunda inocencia. Es una hora de libertad, un ensayo de una vida mejor y futura; un relámpago. Pronto se torna al fondo gris de la vieja costumbre. La alegría no es de este mundo. Somos fieras astutas; somos otra vez hipócritas: ¡defendámonos! Rechacemos el júbilo; guardémonos de llevar a la práctica las soluciones de nuestra razón. ¡Orden, orden! No hay nada tan anarquista como el sentido común.

"Todo el año es Carnaval"; un Carnaval triste y sórdido. Ante

el amo, el jefe, el árbitro o el instrumento de nuestra ambición, hacemos la comedia de la servidumbre y de la intriga. Los más fuertes la hicieron: Bonaparte, el venidero soberano de una corte cuyo esplendor asombró a Europa, hizo la corte a la querida de Barras. Formemos la gran comparsa de los «arribistas». Y los que llegaron, siempre en carácter, cambian de mueca. «Perdonadme mi talento», nos imploran. Es el sainete de la modestia, el miedo a la envidia. Y el orgullo, o sea el valor de los que se niegan a fingir, es el que sucumbe, no a los ruidosos golpes del destino, sino al sordo roer de lo mediocre, a la infección de los hombres microbios. Examinad, delante del espejo, los pliegues de nuestra careta de carne. No es la vejez la que abre las arrugas del rostro; es el gesto variado y continuo de la mentira humana. Ni la edad ni el dolor son capaces ya de hacer respetable la efigie de los que viven del odio y del engaño. El carnaval celebra las vacaciones de la fisonomía. Detrás de la máscara, la faz es devuelta al verismo de la soledad o del sueño.

Máscara: escudo. Enmascarados: descarados. El repugnante y el tímido toman su desquite: se convierten en el enigma que quizás atrae, en «el muro tras el cual está pasando alguna cosa». El leproso, si tiene imaginación, seducirá a la virgen. Es el momento de ocultar el cuerpo para mostrar el espíritu. Es el instante de la venganza, en que se murmura al oído del prójimo la broma más terrible: la verdad. Es la época en que se triunfa y en que se tiembla, en que los maridos descubren su desgracia y las feas confiesan su amor. El cartón no se ruboriza. Mujeres silenciosas y desdeñadas, que no tenéis otra belleza que la de vuestros ojos magníficos, otro tesoro que dos diamantes desengarzados, sed efímeras huríes bajo el antifaz. Sed solamente vuestros ojos; solamente los agujeros sombríos por donde asoma el alma desnuda... solamente el misterio.

Así el Carnaval, en su fugaz y frenética agitación, hace subir a la superficie del mundo la realidad y el misterio, que no se desunen nunca. Símbolo es del carnaval de la naturaleza, carnaval trágico, en que el fondo inaccesible se cubre cada siglo con un disfraz diferente. Ayer fue la idea, fue la llama, fue el átomo, fue el capricho de los

dioses irritados. Hoy es la sed infinita del número. Nuestras manos trémulas se cansan de buscar. La Isis se esconde bajo un velo que renace sin tregua, y nos estremecemos a la idea de que tocamos los despojos de un Carnaval difunto, los restos de un festín olvidado, las cenizas de una fiesta apagada. El Universo se nos aparece como una inmensa máscara por cuyos agujeros negros mira la muerte, y no encierra más que el vacío.

Dios

La grandeza de Dios, velada de azul con la distancia, aparece en lo alto del pasado como deslumbradora cumbre de soledad y de hielo; a instantes se disuelve el ancho y oscuro pedestal que la ata a tierra y entonces, suspendida en el vacío, finge una ilusión tejida por la luz.

Pero las ilusiones, si alguna lo es, tienen un poder mayor que la evidencia, porque no son destruidas sino por otras ilusiones y no por las cosas. La mentira divina fue más real que todas las verdades. Llenó el firmamento y el abismo, y nuestra ciencia terrible es incapaz todavía de medir el hueco que ha dejado. Preñó las almas y moldeó las pasiones, dando al crimen mismo un sagrado resplandor. Fue la poesía de la vida para las vírgenes, el consuelo de ella para los miserables y el desprecio de ella para los héroes. Hizo surgir y flotar las entrañas sobrenaturales del mundo, desvanecidas hoy y buscadas a tientas.

Y sin embargo, Dios fue vencido: vencido por el número. Era fuerte, mas estaba solo; tenía que luchar contra la humanidad innumerable, contra las humanidades renovadas en cada siglo, inquietas; diversas, imprevistas; contra las humanidades lejanas que

no alcanzó a poseer bastante pronto; contra las ideas, los caprichos y las locuras; contra la marcha insensible de lo desconocido; contra lo infinitamente pequeño, contra el azar y la fatalidad. Para someter a lo múltiple, intentó lo múltiple. Preparó santos y predicadores, mártires y filósofos, templos y fortalezas y expediciones de conquista, el rayo del milagro y el recurso de la esperanza y de lo imposible. Aplicó la tortura y sembró el ensueño. Desató un huracán de llamas y de prodigios. Se volvió político y guerrero, y por fin, para apoderarse del hombre, se hizo hombre. Y todo fracasó. Sus huestes se desgarraron entre sí, desgarrándole a Él. Su enorme sombra vaciló. Una doctrina extraña nació en silencio: una divinidad nueva se levantó en el horizonte, prometiendo riqueza y libertad aquí abajo. Los hombres consentían en vivir y aceptaban la muerte. Y Dios fue desposeído, desahuciado, procesado y condenado; le imputaron y le imputan todas las injusticias, todos los embustes, todos los absurdos, todos los males. Hasta se le echó en cara que no existe.

Y existe, sí, respira en larga decadencia. Su dolor infinito baña las fábricas complicadas que sobrevivieron a su gloria; su débil voluntad estremece aún, de tarde en tarde, la red ya caduca con que sus ministros trataron de apresar el globo. Su espíritu, despedido de la razón viril, se refugia en la ingenua y mudable fantasía de las mujeres y de los niños; su historia marchita entretiene a los poetas y a los sabios; su espectro vaga en la penumbra de las catedrales desiertas. Dios se arrastra entre sus propias ruinas; sólo las ruinas humanas se arrastran hacia Él; sólo la desesperación y la noche visitan su fúnebre aislamiento. Apagada la radiante hoguera, todavía remueven la ceniza manos temblorosas y humildes, manos de viejos y de agonizantes.

No fue el Hombre quien perdió la fe en Dios, sino Dios, al renunciar a su ideal inmenso, quien perdió tal vez la fe en el Hombre. Pero ni los Hombres ni los Dioses conocen el destino.

La nueva religión

El siglo es ateo, pero lleva camino de creyente como ninguno. Hay que pensar muy por encima para creer realmente vacío ese cielo donde vivieron Venus Urania y el divino verbo, y en donde no hemos dejado más que distancias y números. Al asesinar los dioses no se ha tocado la fe. Estamos en la aurora de una religión nueva, con sus milagros y sus sacerdotes, sus mártires y sus inquisidores, de una religión que nos toma en la cuna, reglamenta nuestra vida y nuestra moral, legisla sobre nuestra muerte y comienza a prometernos una extraña inmortalidad.

Nuestro amor, nuestra esperanza, nuestro consuelo, todos los sentimientos que engañan la debilidad y la incertidumbre, dándonos la ilusión de ser la honda cuando somos la piedra, están puestos en la impenetrable realidad que nos circunda, en la sombra de donde emergen una a una las divinidades amigas del hombre. El hombre ha aprendido en esa realidad muda hasta hoy que el inmenso porvenir está de par en par abierto para él. Viene de la oscuridad, pero marcha a la luz, y nada puede detenerlo. No ha sido lanzado del Paraíso, pero está construyéndolo como dueño y señor futuro. No es hijo de Dios, pero va a ser Dios. Su fe, cansada de errar

por todos los firmamentos y de arrastrarse ante todos los altares y de prostituirse ante todos los monstruos, ensangrentada de tantos sacrificios inútiles, manchada de tantos crímenes, traicionada y desengañada, vuelve a la fuente viva de donde verdaderamente no había salido, al corazón que no se cansa de creer y de esperar. El hombre por fin cree y espera en sí mismo; como San Ignacio de Loyola, dice que "ha nacido para salvarse", mas quiere ser su propio salvador, y escribe al frente de cada edificio y de cada libro: "Hágase mi voluntad en la tierra".

Creemos en la ciencia. Mediante ella, que es la expresión de nuestro esfuerzo, hemos arrancado a la Esfinge el óleo sanador de enfermedades horribles, hemos gritado el "levántate, Lázaro" a espectros desposados con la muerte, y es ella lo que las madres adoran en la frente del médico inclinada sobre un niño que sufre; mediante ella volamos sobre los continentes, con las alas y el aliento del vapor, como ángeles anunciadores, y marchamos sobre las aguas como el apóstol; mediante ella lanzamos nuestro pensamiento, como una buena nueva, por los hilos del telégrafo, prolongación de nuestros nervios; mediante ella hacemos el eterno milagro de suprimir la distancia y el tiempo, y de multiplicar el alimento y la vida. Hemos ascendido a las desoladas alturas del espacio, y hemos bajado también a las entrañas de la tierra, donde el hierro y el oro esperaban nuestro advenimiento. La imprenta predica cada día los signos de la redención, y las masas de los desheredados piden la palabra y la enseñanza. El obrero reclama pan al azar, pero también instrucción. La escuela es el templo. Ya no se espera la salvación más que de los gabinetes y de los laboratorios, claustros donde la divinidad se manifiesta a sus elegidos. Allí se sacrifica el pensamiento y a veces la sangre. Se experimenta en los hospitales sobre víctimas amordazadas por el cloroformo; el sabio busca la felicidad, como el salvaje, entre entrañas descuartizadas. Él mismo se inmola. Exploradores se suicidan en el Polo. Un émulo de Santos Dumont se despeña. Fournier se inocula la sífilis. El ofrecimiento de Abraham es aceptado.

Estamos convencidos de que el Universo es nuestro cómplice, de que jamás encontraremos en el fondo de una retorta nada que

nos disminuya. El maná es inagotable, y el abismo se abrirá para dejarnos paso. Sin esa fe la ciencia sería imposible. Para hacer algo hay que estar seguros de poder conseguirlo todo. ¿Cuándo hubo más fe que ahora? "El descubrimiento de una inesperada propiedad de la materia, dice Maeterlinck, análoga a la que acaba de revelar las desconcertantes virtudes del radio, puede conducimos directamente a las fuentes mismas de la energía y de la vida de los astros; desde ese momento la suerte del hombre cambiaría, y la tierra, definitivamente salvada, se haría eterna. A voluntad nuestra, se acercaría o se alejaría de los focos de calor y de luz, huiría de los soles envejecidos y buscaría fluidos, fuerzas y vidas insospechadas en la órbita de mundos vírgenes e inacabables".

Esa fe impone una moral, una higiene que tiene sus fanáticos. El célebre Wells desarrolla un programa que equivale a las tablas de la ley de la religión nueva. Así como los judíos reglamentaban sus nacimientos, así la ciencia dispondrá del amor y de la vida, conformándolos a un plan inexorable. La raza humana se someterá a una selección científica. "Hay que poner a raya la procreación de tipos bajos y serviles, de almas pusilánimes y cobardes, de todo lo que es mezquino, feo y bestial en el alma, en el cuerpo o en las costumbres del hombre" ¡Terrible circuncisión de la especie! En esa inquisición de existencias increadas ¿dónde se detendrá la ciencia? Wells responde: "Hace falta llamar a la muerte en auxilio de la humanidad".

Esa ciencia, sentada al lado de nuestra cuna vacía aún, hace retroceder a la vejez y desafía a las tumbas como el Cristo. Metchnikoff declara que morimos a causa de una especie de parasitismo, de una flora microbiana, cuyos efectos se pueden combatir, alargando la vida y aliviándonos de los achaques de la senectud. Y la inmortalidad, suprema ambición del pensamiento, empieza otra vez a dejar de ser un absurdo.

La moral y la ciencia

Un joven inclinado sobre un libro: "imagen de paz", dirán. ¡No! ¡Imagen de combate! ¿Quién vencerá? ¿Devorará el hombre al libro, o será el libro quien asesine al hombre?

Estudiantes: la literatura humana es una selva sin fin, infestada de felinos traidores, de reptiles ponzoñosos, de insectos que les disecarán si caen, de pantanos donde acecha la fiebre. Y preñada de paisajes magníficos, sí. Leer es viajar. No emprendan el viaje sin conocerse, sin vigorizar sus almas. Hay comarcas maravillosas de donde no se vuelve. Sépanlo a tiempo.

Estremece esta idea: que la moral se aprenda en los libros. Los libros de moral son libros que mandan. Y los libros no deben mandar, porque son de ayer. No coloquen en el pasado sus jefes, sino en el futuro. Digan al libro: "cuando vivías realmente, cuando naciste para proclamar algo nuevo, no eras moral, eras inmoral". Religioso, al fundar tu secta fuiste hereje. Político, al reclamar más libertades fuiste revolucionario. ¿A qué me enseñas? ¿A obedecer? ¿Por qué no obedeciste? ¿A mandar? ¿Por qué entonces me mandas?

El ideal sería, ¿no es cierto? Obedecernos y mandarnos únicamente a nosotros mismos. El deber supremo no es ser como otros

fueron, sino ser como se es. Lamentable cosa: encontrar ya escrito lo que habremos de hacer y de pensar. Tan absurdo es ordenar a un individuo libre como a una máquina. El uno no hará caso, puesto que es libre; la otra no necesita que le ordenen, si está construida para la faena que de ella se exige, y si no lo está, ordenarle es inútil. Las máquinas funcionan solas, o no funcionan de ningún modo. Las máquinas no oyen a nadie, y los seres libres no oyen sino la voz interior.

Hemos eliminado de la enseñanza —casi— la tradición religiosa. Aún nos entorpece la didáctica de los deberes civiles, de los prejuicios sobre la propiedad y el Estado. En cuanto a los sentimientos fundamentales, sería monstruoso, por ejemplo, tener que enseñar a las madres el amor a los hijos. El verdadero maestro no enseña más que hechos; su triunfo es despertar en sus discípulos el sentido crítico. El verdadero maestro no enseña la certidumbre; enseña a dudar. Sólo en la duda la conciencia propia alcanza su máximo; sólo en la duda se mueven las energías internas, es decir, las que merecen salvarse.

Ahora se ensaya una moral científica. Durkheim y Lévy-Brühl la desarrollan. Pero no le atribuyamos otro carácter que el descriptivo. Lévy-Brühl ha escrito una *Ciencia de las costumbres.* Estudiar las costumbres del hombre como las del castor: muy bien. Sin embargo, no es en el libro de Lévy-Brühl donde están mis sueños, mis deseos, mis victorias, mis fuerzas, mi destino. Los *míos,* ¿comprenden? *Yo* no me casaré para restablecer la cifra media en la estadística anual de los matrimonios. El poder de que dispongo contra las leyes sociales es más sagrado que el poder de cumplirlas.

La ciencia es una ventaja enorme. La ciencia es una luz en una encrucijada. Mas no es lo mismo iluminar los diversos caminos que echar a andar por uno de ellos. La ciencia es lo impersonal, lo objetivo, lo que hay de mecánico en el mundo. Para la ciencia no hay "escala de valores". El microbio es lo que el astro, el placer lo que el dolor, la vida lo que la muerte; fenómenos. Todo está en un plano idéntico; la ciencia no tiene espesor ni claroscuro. Mi espíritu, en cambio, es una jerarquía. Si prefiero suicidarme ¿con qué me detendrán? ¿Con un argumento biológico?

¿Experiencia? Sí. Hay dos experiencias; la exterior, que construye el edificio científico, y la interior, la del *yo* incomunicable. La ciencia del exterior es la lógica de los casos iguales; *yo* soy un caso que no se repetirá nunca y mi gobierno será *mi* ciencia interior, o sea la sabiduría. La sabiduría es lo que me importa en primer término: ser no lo que la ley mande, sino lo que soy.

Y si a ser lo que se es llaman rebeldía, ¡tanto monta!

Marcar el paso

No hay nada tan prudente, tan correcto, tan tranquilizador como marcar el paso. Educar es enseñar a marcar el paso en los negocios de la vida, a copiar el ritmo ajeno y conservarlo, a integrar el gran volante regulador de la maquina humana. Hoy como ayer, mañana como hoy, he aquí la divisa de toda sociedad perfecta, y naturalmente del Estado, que se cree perfecto; el Estado es lo contrario de cambiar de estado; no existe gobierno que no se estime lo suficiente para conservarse a sí mismo, y sería absurdo que no fueran conservadores los que se encuentran a gusto. Los demás, los que obedecen, deben obedecer siempre, y siempre igual, de idéntica manera; deben evitar molestias a los que mandan, y guardarse de provocar contraórdenes, rectificaciones y reiteraciones. ¿De qué serviría mandar si costara trabajo? Lo razonable es que el mando sea definitivo y eterno.

Se ve cuan sensato es el proceder de ese oficial argentino que durante la instrucción atravesó con la espada la ingle de un estúpido recluta que no marcaba bien el paso. ¡ Pobre oficial! Había perdido la paciencia. ¡Cuánto habrá sufrido, cuántas veces habrá repetido sus órdenes! Obligar a repetir una orden, ¿no es

ya rebelarse a medias? Tal vez murió el recluta. Pero un recluta que no consigue aprender a marcar el paso es, desde luego, algo contradictorio y casi inexistente. No es justo llamar homicidio a una sencilla verificación. Un recluta es un aparato que marca el paso. Un soldado es un aparato que transporta las armas de fuego y aprieta los gatillos. El emperador Guillermo dijo en una revista que un soldado, si se lo ordenan, está en la obligación de fusilar a su madre. Comprended de qué modo se hizo Alemania poderosa y magnífica.

¿Queréis orden? Cumplid la orden. Ciudadanos, ajustaos a la ley. No es buen juez el que la discute y mejora, sino el que la ejecuta. Imitemos a los astros; admiremos la exactitud verdaderamente militar con que acaecen los eclipses; los planetas marcan el paso, y los átomos sin duda también. Nuestra ciencia busca la ley en todos los fenómenos, y lo terrible es que la va encontrando. Quizá se llegue al ideal de prever matemáticamente los detalles del porvenir. ¡Gracias que tendremos nosotros la suerte de irnos mucho antes! Cosa triste ha de ser el predecir los movimientos de nuestro cielo interior, calcular para dentro de diez años los eclipses de nuestro espíritu, conocer a un tiempo la fecha del placer y la del sufrimiento, la de la ilusión y la de las decepciones; saber en plena juventud el minuto de la primera cana, la enfermedad que nos asesinará y las muecas de nuestra agonía. La esperanza se hará, más insoportable que el recuerdo. Si nuestra alma marca el paso, ignorémoslo.

Marcar el paso no supone avanzar. En táctica, equivale a suspender la marcha y simularla agitando las piernas sin adelantar un centímetro. Símbolo curioso. La existencia de la ley no supone una realidad concreta. Al revés. Por ejemplo, la ley de los días de la semana es que detrás del lunes venga el martes, luego el miércoles, etc. «Si» hoy es lunes, mañana será martes, pero ¿qué razón hay para que hoy sea lunes, y no viernes? Ninguna. Estamos, ¡horror!, fuera de la ley. «Si» Mercurio se halla hoy en tal lugar del firmamento, mañana estará en tal otro. ¿Pero por qué «está» en este instante aquí y no allí? La ley no es una realidad, es una relación, es un «si». La única salida de semejante laberinto es que no hay aquí ni allí,

ni ayer ni hoy y que el Universo marca el paso, como un juicioso recluta, sin abandonar su socarrona inmovilidad.

Lápida

Envidiemos la gloriosa apoteosis de Ferrer, asesinado en los fosos de Montjuich, la última Bastilla de los latinos.

Arrastrado a los fosos como por una banda de chacales, devorado en la sombra y el silencio, a espaldas de Europa.

Fue fulminado, porque era cumbre. No le podían perdonar. Los inquisidores perdonan el crimen, no la idea. Cayó, porque causaba miedo, porque era una de las imágenes vivas del futuro, un anuncio de muerte para los que le hicieron morir. Pero, ¿qué es la desaparición de Ferrer? Un simulacro. Lo grave no es que haya muerto, sino que haya vivido, que después de él perduren y crezcan formidables las energías de que se formó. Ferrer, desposado con la bella muerte que le disteis, engendrará los héroes de mañana. ¿Qué habéis conseguido? Hacerle inmortal a balazos, convertir el inofensivo profesor en un irritado ángel que visitará vuestras noches.

¿Por qué no atendisteis al rey extranjero que os pidió prudencia en voz baja, por vosotros y por él? Es que sois todos solidarios, despojos flotantes de la historia, majestuosos fantoches, temblando con el cetro en la mano; fariseos que no queréis dejar escapar de

vuestras uñas el botín de un Dios difunto; militares que os honráis poniendo la matanza al servicio de la avaricia financiera; burgueses momificados dentro de vuestros alvéolos de oro frío; mundo que subsistes, porque los nueve décimos de la humanidad son todavía un rebaño de resignados mendigos. ¡Asesináis, oh, moribundos armados hasta los dientes! Asesináis; creéis, decrépitos, que los baños de sangre os devolverán la juventud. Inútil. Comprendemos el mecanismo de vuestra agonía. Hemos hecho algo mejor que venceros: os hemos explicado. La vida misteriosa se refugia en la carne que sufre. Asesinaréis mil Ferrer... ¿Y qué? ¿Detendréis el Tiempo?

Jueces

"No comprendo, decía Alfonso XIII a un periodista francés, no comprendo cómo los que se dicen intelectuales y que nunca se atreverían a proclamar un descubrimiento científico antes de verificarlo con centenas de experimentos, condenen en este caso [el de Ferrer] sin buscar informes fidedignos, un juicio llevado conforme a las leyes y que tiene por garantía el honor de los oficiales españoles...". Esta asimilación del rigor científico al rigor judicial es muy propia en el infeliz muchacho a quien amamantaron teológicamente, haciéndole incompatible con su época. Lo gracioso es que se dirigía a un francés; en Francia no se cometen más iniquidades "conformes con las leyes" que en otro sitio, pero se conocen mejor. Sin remontarnos a Calas, encontramos a Pierre Vaux, que después de catorce años de haber muerto inocentemente en presidio, no podía ser rehabilitado por oponerse a ello el artículo 444 del código de instrucción criminal. El rigor científico de los peritos deslumbra en los casos Moreau, Druaux, Cauvin, y sobre todo en aquel proceso célebre en que el grafólogo confundió la letra del acusado con la del juez. En el asunto Dreyfus, el perito Bertillon declara que su convicción de culpabilidad responde a "razonamientos de una cer-

tidumbre matemática". ¡Admirable asunto Dreyfus, obra maestra del acaso, inesperado haz de rayos X que hizo transparentes por un momento las tristes entrañas de la sociedad! El asunto Dreyfus nos enseña lo que es la garantía del "honor de los oficiales". Y a la altura del ejército estuvieron la juventud, la prensa, el pueblo y los diputados, que se hacían reelegir, como Teisoniére, gritando: "¡todos los judíos son traidores!", o como Berry: "sea inocente Dreyfus o sea culpable, no quiero la revisión". El 8 de julio de 1898, la Cámara —una Cámara en que había radicales y socialistas— votó el sacrificio de Dreyfus por unanimidad. ¡Bonita democracia! Al fin la justicia triunfó, me objetarán. No la justicia, sino la política. Un grupo de republicanos se dio cuenta de que el poder pasaba insensiblemente a la Iglesia, y entonces se resolvió a rehabilitar al judío. Más tarde nombraba ministro a Piquart. Hoy un Dreyfus clerical iría a la Isla del Diablo y quizá no volviera nunca. Si desconfiamos del juez que condena, seamos lógicos, y desconfiemos también del juez que rehabilita.

Cuantos hemos vivido un poco, sabemos por experiencia que todo proceso donde giren grandes intereses políticos, económicos y sociales, se decide por el más fuerte. Sólo en las cuestiones insignificantes observamos esa aparente regularidad que llamamos justicia. ¿Por qué habría de tener privilegios, sobre Francia, España, el noble país enfermo en que se ha olvidado a Pí y Margall, Weyler es todavía un personaje; España, resignada y satírica, en que corren los proverbios de "no hay mal que cien años dure" y "quien hizo la ley hizo la trampa"; la España que en pleno siglo XIX encendió la última hoguera católica; la España, sin embargo, en que ha nacido Francisco Ferrer? Alfonso pide indulgencia a Europa, como si el drama de Montjuich del 13 de octubre fuera el primero. ¿Y las bombas del Liceo de 1893? Se mató conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, a seis infelices, resultando después que el autor del atentado era otra persona. ¿Y la bomba de Cambios Nuevos en 1896? Se aplicó durante meses la tortura a ciento veinte desgraciados, se ejecutó a cinco, conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, resultando después que el ver-

dadero autor era otra persona. ¿Quién ha visto claro en la causa de Rull? En España no le faltaría trabajo a un Zola. Lo malo es que el sucedáneo español de Zola se reduce a Blasco Ibáñez.

Todo esto es conversación. ¿Qué importa que los poderosos juzguen a los débiles según su capricho, o según la ley, que es el capricho de los poderosos de ayer? Hay una injusticia más profunda que violar las leyes, y es cumplirlas a ciegas. Las leyes jurídicas usurpan su nombre. Las únicas leyes reales son las que la ciencia va descubriendo penosamente en el Universo físico, y ninguna de ellas nos autoriza aún a ser jueces de nuestros hermanos. No sabemos lo que es la responsabilidad, ni medirla; ni siquiera sabemos si existe. Lo que sabemos es que nuestros códigos son fútiles y que avanzamos manoteando en la sombra. Por eso Jesús es más sublime que Sócrates, porque supo morir por motivos más altos que el respeto a las leyes.

Los jueces

Cuando se piensa algún tiempo en los jueces, nace por contraste la idea de la justicia.

La sociedad, en todas sus formas estables, se compone de una minoría armada, dominando a una mayoría desarmada. Goza la minoría, ya del hacer, ya del oro, ya de la confianza de los dioses. La mayoría se sostiene gracias a un extraño e implacable furor de vivir: los sufrimientos hacen que el hombre ame la vida, y que la mujer sea fecunda. Las relaciones entre la minoría y la mayoría son asesoradas por los jueces, que pueden considerarse tenedores de libros de la casa. Esos últimos empleados se enteran de los asuntos pendientes, y reciben de la minoría las instrucciones y la autoridad necesarias para revelarlos. El pacto celebrado entre la minoría y los jueces es la ley.

Notemos que el pacto es forzoso, pues no se concibe jueces sin gendarme, cárcel y el verdugo, que son la fuerza, y la fuerza pertenece a la minoría.

Por definición, la ley se establece para conservar y robustecer las posiciones de la minoría dominante; así, en los tiempos presentes, en que el arma de la minoría es el dinero, el objeto principal de

las leyes consiste en mantener inalterables la riqueza del rico y la pobreza del pobre. Llega el instante de que la idea de justicia nazca porque la ley, que favorece al poderoso, habría de parecer justa al poderoso, y al humilde, injusta. Sin embargo, nace la idea en sentido contrario: el poderoso encuentra la ley todavía estrecha a su deseo, ya que él mismo la dictó y es capaz de hacer otras nuevas, y el humilde se conformaría con que la ley se cumpliera como se dice y no como se hace.

Hay algo peor que la ley: es la incertidumbre. El terror del infierno se debe no a que las torturas sean excesivas, ni a que sean eternas, sino a que no se sabe lo que son. El que delinque y sabe que será ahorcado, descansa en una realidad espantosa, pero firme. Si ignora qué género de suplicio le espera, su angustia sería intolerable.

Los jueces prevarican algunas veces, y muchas, se equivocan. De aquí procede su prestigio. Un juez infalible no amenaza más que a los culpables; un juez que yerra, amenaza a culpables e inocentes. Él es el juez verdaderamente augusto; nada escapa a sus ojos; nadie está seguro con él. Y la idea de justicia, en la mente de los humildes, nace menos verosímil aún que el país de utopía, que la edad dorada; es un ventanillo abierto en lo alto de la prisión, sobre el infinito azul del cielo; es lo irrealizable, lo que florece más allá de la tumba. Sólo Dios es justo: para salir por el ventanillo, hacen falta las alas de la muerte.

Y únicamente en las épocas felices, cuando durante largos años son los jueces incorruptibles, esclavos de lo escrito, es cuando los hombres empiezan a descubrir la formidable injusticia de las leyes.

Patriotismo

La idea de patria ha perdido mucho de su virulencia. Los dioses, hace ya tiempo, se inclinaron al cosmopolitismo. Jesús fue mal hebreo. Se entendía con los gentiles, y hablaba de paz. Aseguraba que no era necesario ser judío para salvarse. La divinidad obraba así en defensa propia. Vinculada a sus tribus, fiadora de ellas y obligada a batirse a su lado, su situación era comprometida. El pueblo elegido recibía más palizas que ningún otro. Después de cada una, las explicaciones con Jehová se hacían penosas. Durante los siglos cristianos, en cambio, las naciones europeas no se destrozaban sin solicitar antes de un mismo Dios la victoria, y con la misma confianza. La Providencia ganaba siempre. Jugaba de banquero, no de punto; se había emancipado de las contingencias del patriotismo.

El hombre ha seguido un método análogo. Si algún consuelo inducimos de la evolución, tal como nos la imaginamos, es el de la eficacia creciente con que nos sustraemos a las contingencias del mundo. Entre las veleidades de la atmósfera y la tibieza uniforme de nuestro hogar hemos puesto un vidrio inteligente. Las tormentas no suelen estorbar la celeridad serena de nuestros viajes. Nuestra

sangre de animales privilegiados nos da el ejemplo: haga frío o calor, se mantiene en sus treinta y siete. Bueno es, por no morir, adaptarse al medio externo: mejor es subsistir sin adaptarse, en la afirmación soberana de un destino propio. Hemos vuelto estas armas contra los mismos dioses, cuyo capricho nos hemos negado a padecer. No les hemos suprimido: les hemos delimitado. Les hemos cerrado la puerta.

Estamos ahora delimitando la naturaleza, pero no para librarnos de ella, sino para circunvenirla. No renunciemos a la finalidad. Antes era celeste. Hoy es terrestre, y pensamos cumplirla mediante la ciencia. Lo deseable nos parece lógico. No nos desanimemos. El patriotismo es un molde muy chico para nuestro futuro. Porque al delimitar la naturaleza nos homogeneizamos. El patriotismo es la división. No venceremos desunidos.

El dualismo, la oposición que es base de la vida, se va dibujando según perspectivas nuevas.

Se polariza la humanidad, atenta a juntar sus esfuerzos. Quiere cautivar las energías naturales, y no es un grupo quien ha de conseguirlo. Ni una raza. ¡Ay de los que cultivan el patriotismo blanco! Los japoneses nos han convencido de que también los amarillos son hombres. Los que manejan con tanta habilidad los cañones pueden manejar igualmente aparatos de mayor trascendencia.

La especie humana frente al universo físico: he aquí el cuadro. La ciencia es indispensable. Todos somos sagrados para el porvenir.

Pero ¿qué es una ciencia nacional? Una mentira.

¿Conocen la química francesa, la astronomía alemana? La máquina y la astronomía nos pertenecen a todos; han sido creadas por la unanimidad, y para la unanimidad.

Si la ciencia no es una, no es ciencia. En esto se asemeja al amor. Y si la ciencia es el instrumento, el amor es el impulso. Separad la ciencia y el amor, y los destruís. Todavía explotamos a los débiles. Mientras no los amemos y los levantemos hasta nuestra frente en un beso hermano, la ciencia está amenazada. Sólo una cosa matará a la ciencia, el odio. Estrangulemos el odio.

No: la ciencia se encargará de aniquilar al odio. Concluirá con el patriotismo porque lo específico del patriotismo es el odio.

Un patriotismo que no odia al extranjero no es patriotismo, es caridad. Y una caridad que se detiene en las fronteras no es más que odio.

Amad vuestra tierra, y también la ajena. Amad vuestros hijos y también los ajenos. Admirad los héroes de aquí y de allá. Y no admiréis los héroes asesinos, aunque sean de aquí.

Pero si no amáis sino lo vuestro, no amáis, odiáis. Y mientras odiéis estaréis privados de la ciencia, y frente a la realidad sombría no seréis más que miserables fantasmas.

Más allá del patriotismo

Nos parece grande el hombre que arriesga su vida por salvar la ajena. Comprendemos que hay cosas superiores a la vida material. Cada vez que un acto afirma y demuestra esta superioridad, nos sentimos tranquilizados, y como consolados de las incertidumbres permanentes que nos rodean. El ejemplo de sacrificio nos reconforta en lo más esencial de nuestro ser.

El hombre que se sacrifica por su hijo, por su compañera o por su padre no es tan grande como el que se sacrificó por un desconocido. En la familia hay mucho nuestro. Al defenderla defendemos en parte lo nuestro. Defender y amar lo completamente ajeno es sublime.

El patriota perfecto no solamente sacrifica su persona, sino su familia; Guzmán el Bueno inmola a su propio hijo. La patria, para él, estaba antes que él y antes que la carne de su carne. ¡Generosidad magnífica!

¿Por qué?

Porque la patria es más indeterminada, más exterior que la familia. Porque la patria es más ajena que la familia, y lo magnífico es defender y amar lo ajeno.

Y como hay algo más ajeno que la patria, es decir, las otras patrias, es magnífico en extremo defender y amar las otras patrias como la propia, y sacrificar la patria en beneficio de la humanidad.

Por eso debemos amarnos, como hombres que somos, mientras este amor aparente no nos conduzca a odiar al prójimo. Debemos amar la familia mientras este amor no nos conduzca a odiar la comunidad hermana en que vivimos, y debemos amar la patria mientras no odiemos a la humanidad.

Que para el círculo de nuestro amor no haya fronteras, que sea nuestro amor infinito como el cielo; que nada ni nadie sea desterrado de él.

Y si hubiera otra alma más alta y más profunda, que en su seno misterioso abrazara el alma de la humanidad misma, el acto supremo sería sacrificar lo que de humano hay en nosotros a la realidad mejor.

Pero esa alma más alta y más profunda existe. Es el alma de la humanidad futura.

El esperanto

Max Nordau —uno de nuestros mejores profetas— ha dicho que el esperanto fracasará como ha fracasado el volapuk. Se podría objetar que el volapuk, inventado en 1880 por el abate Schleyer, no pasó, en su época próspera —hacia 1887— de tener unos cuantos millares de adeptos en Alemania, mientras que hoy se cuentan 250.000 esperantistas diseminados por toda la superficie del globo. Se redactan cuarenta o cincuenta diarios y revistas en esperanto. Se han traducido al esperanto 1200 0 1300 folletos y libros. Los últimos congresos esperantistas han reunido más de 1500 miembros. El esperanto se aprende en todas partes, y en algunas oficialmente. El ministro de negocios extranjeros de Francia ha nombrado al doctor Zamenhof caballero de la legión de honor. Entre los partidarios del esperanto figuran sabios como Berthelot y Max Müller, y poetas como Sully Proudhomme y Tolstoi. Se trata de un movimiento considerable, mucho más vasto y profundo que el de volapuk.

Y, sin embargo, es muy posible que acierte Max Nordau, y que los esperantistas se desanimen. Su lucha es seria. Quizá una lengua internacional sea todavía prematura. Existen ya unos cien idiomas

artificiales, desde el "Carpohoriphilus", construido en 1734. Sólo en el año 1890 se imaginaron tres, el "Nov-Latín" de Rosa, el "Mundo lingue" de Lott y la "Langue catholique" de Liptay. ¿Creen que el esperanto es el último? Nada de eso. Hay veinte posteriores. En 1907 nacieron el "Parla" de Spitzer y el "Apolema" de la Grasserie. A estas horas la lista habrá seguido creciendo. ¿Qué privilegios goza el esperanto sobre la muchedumbre de sus rivales?

En primer lugar, el terreno ganado. Además, su estructura responde bien a las necesidades, que son urgentes. Millones de hombres, dedicados al comercio, a la publicidad, a las ciencias, se ven estorbados y hasta con frecuencia detenidos, en el contacto y circulación mundiales, por la diversidad de lenguas. ¡Cuántos se resignan a aprender tres o cuatro! El esperanto se aprende en pocas semanas. En el congreso de Cambridge pronunció un discurso en esperanto el profesor Mayor, viejecito de 83 años, iniciado al esperantismo cinco meses antes. Tal facilidad se explica. El esperanto encierra unas mil raíces, entre latinas y sajonas, que combinadas con 30 prefijos y sufijos invariables dan un enorme vocabulario. Todas las flexiones se expresan mediante 17 terminaciones distintas. La gramática se reduce a 10 reglas, sin una excepción naturalmente. La sintaxis es única. El esperanto es un juego de un millar de piezas menos complicado que el ajedrez. No es una lengua, es una notación.

Una lengua es un organismo vivo, y tan imposible fabricarla como fabricar un ave o una flor. Pero lo que la humanidad necesita para sus relaciones internacionales no es una lengua; es precisamente una notación. Ya tenemos la de las matemáticas y la de la música, generalizada entre los blancos. ¿Por qué no adquirir otra más extensa, capaz de abrazar los signos indispensables a una descripción objetiva de cualquier orden? Lo que al comerciante, al periodista, al investigador positivo, al pedagogo les hace falta es un método, rápido, económico, lógico, mecánico en fin, de representar los hechos por la palabra y la escritura. Les hace falta una máquina uniforme de narraciones terrestres. El esperanto lo es, y acaso, con el tiempo, constituya uno de los órganos importantes del sistema

nervioso planetario. Novicow, enemigo del esperanto, propone el francés para lengua internacional. Wells es otro creyente del francés. Se equivocan. La dificultad no está en los obstáculos políticos que acarrearía la adjudicación de semejante preeminencia a un pueblo determinado. Está en que una lengua es un producto local, es el matiz, es lo objetivo, es el arte, y lo que pedimos es una notación objetiva, un álgebra, una rama de la ciencia moderna.

Supongan que de repente, por un milagro, los habitantes de la tierra no supieran sino francés. ¿Qué sucedería muy pronto? Que ese francés se diversificaría en innumerables dialectos según las regiones. Para esos asuntos internacionales los hombres conservarían *un francés* sin duda, mas no *el francés*. Conservarían una especie de francés mecanizado, esperantizado. Lean los informes administrativos, las memorias de las academias científicas; observarán la tendencia a mecanizar el idioma. La página de telegramas de *La Prensa* no está redactada en el español literario ni en el familiar, sino en un español incoloro, neutro, un esperanto de español. La notación universal vendrá temprano o tarde. Es un progreso invencible. Contribuir a adelantarlo es obra del más fecundo altruismo, del que beneficia a las generaciones futuras, a la luminosa multitud que no contemplarán nuestros ojos.

Reflexiones

¿Qué es la poesía? El amor que descubre su propio ritmo.

*

No hay remordimiento más triste que el de no haber pecado.

*

«Padre, padre... ¿por qué me has abandonado?»

No alces los ojos. No hay Padre. Hay la tierra, la Madre al pie de tu cruz. La madre de carne y hueso, ¡tan poquita cosa! Conténtate con sus cuatro lágrimas. La realidad no da más.

*

La máquina es una frontera. Es el extremo inteligente de la naturaleza y el extremo material de nuestro espíritu.

*

Un ladrón es un financista impaciente.

*

El corazón que no ama es una cisterna tenebrosa, un depósito inmóvil que no recibe ni da. El corazón que ama es el remanso

a cielo abierto, donde las mil corrientes del mundo descansan un instante para partir otra vez.

En política no hay amigos; no hay más que cómplices.

*

No sé si en la época de las cavernas se moría la humanidad de hambre y de frío, pero ahora no cabe duda.

*

La aparición de la fuerza inclina a la desconfianza. Si deseas convencerme, suelta el palo, y si alzas el palo, sobran los discursos. Con las armas no se afirma la realidad: se la viola.

*

¿Quién mejor que el buen presidiario cumple la ley? Es el ciudadano ideal. Es la ley hecha carne, hecha ejemplo.

*

El destino, débil aún, se ensaya. Somos en sus manos flechas sin empuje bastante. Estamos condenados a inclinarnos y a ir a tierra. La fealdad pegajosa de las agonías es el cansancio del mundo.

*

Desconfiemos de los que no hacen caridad más que a Dios.

*

Quiero la idea que avanza hacia lo desconocido sin mirar atrás; la idea clavada en las entrañas del misterio, en el fondo del agujero donde sólo cabe una mano; la idea embriagada de soledad y de fe, la idea cuyos golpes no son oídos de nadie. Para ella no hay caminos, porque ella se los abre y no retrocede nunca; no hay propaganda ni comercio posibles. No está en poder de nosotros recompensarla, sino seguirla. Es el vértice sagrado de la humanidad en marcha.

*

Nuestra imaginación, al crear los dioses, no hacía quizá sino soñar con el destino humano.

*

Como trabajador que soy, tiemblo a la idea de que un químico humanitario y genial descubra una alimentación baratísima. Si bastan diez centavos al día para no perecer, el salario corriente del obrero en los distritos de alta civilización será de diez centavos con toda evidencia, y los demás salarios —incluso el mío— se resentirán de una ciencia tan misericordiosa.

*

El amor es inmoral por esencia, porque las costumbres cambian, y el gesto del amor es siempre el mismo.

*

El amor es una obscenidad deliciosa. Lo ocultamos como los tesoros y los crímenes.

*

Amor, hecho individual. Hijos, hecho social. De aquí los conflictos eternos y desesperados.

*

La vida es corta, la muerte es larga. El amor es una estrategia contra la muerte. Ya que hay que acabarnos, queremos siquiera repetirnos, repetir un capítulo, una línea, una letra de nuestro ser.

*

Matrimonio: amor enjaulado.

*

Pudor: el terror sagrado ante el más cruel de los dioses.

*

Siempre inventamos grandes cualidades en los que nos adulan. Éste es el secreto de muchas carreras políticas.

Un hombre aislado puede ser valiente. La multitud es cobarde, quizá por economía.

*

Buscad el origen o el resultado de vuestra felicidad, y encontraréis la desgracia ajena.

*

Triste es que no se realice ninguno de nuestros sueños, y más triste, que se realicen todos.

*

Desgraciados los que tenéis llagas, porque no os faltarán moscas.

*

Hay quien se extraña de que por lo común los ricos sean avaros. Y, sin embargo, si no hubieran sido avaros cuando eran pobres, no hubieran llegado a ricos. El procedimiento que conserva es el mismo que cría. Para encontrar generosidad es preciso dirigirse a los pobres consuetudinarios o a los salteadores de caminos.

*

Se creía antes que el honor se heredaba con la sangre, y que era una ventaja tener padres nobles. «Soy hijo de un caballero y de una señora, y me he educado como un rey», era la frase victoriosa que os lanzaban al rostro. La democracia ha invertido el argumento. «Me engendraron en la miseria, os dicen con arrogancia; he hecho de todo para no morir de hambre, he lustrado botines y he fregado platos». Algunos se glorian de no saber de dónde salieron. Las ideas sociales y políticas cambian, pero la vanidad, no.

*

El amor es fecundo, sí, ya lo sabemos. Admiremos no obstante la fecundidad del odio. El amor auténtico tiende al platonismo, y con frecuencia la lujuria encadena a un hombre y a una mujer que se odian. ¡Cuántos pueden decir: «Mis padres se odiaban, pero he

nacido»! Todos los que trabajan para no perecer, o sea los cuatro quintos de la humanidad, odian a muerte, odian al patrón, al capataz, al propietario, al jefe, al negrero. El trabajo terrestre está empapado en odio. Sobre el odio está cimentada la civilización moderna.

*

Hay un triste momento, y es cuando la farsa humana deja de divertirnos. Cansados del sainete, esas muecas de monos afortunados no nos hacen ya reír, y murmuramos con repugnancia: «Realmente, esto es lamentable, y el autor, muy torpe. Échennos a la calle. Salgamos de este teatrucho infecto a respirar el aire casto de la noche y a contemplar las altas estrellas».

*

En la vida de Cristo hay un pasaje que siempre me ha reconfortado: «¿Por qué me abandonaste?». Dios abandonó a su hijo, pero la madre dolorosa, la madre de carne y hueso no le abandonó jamás. No vale gran cosa la tierra, pero el cielo es el gran traidor.

*

¿Qué es lo más interesante de la vida? —Lo imposible.
¿Y lo más piadoso? —La muerte.
¿Y lo más cruel? —¡Ay! La belleza.

Fuentes bibliográficas

1. "Mi anarquismo". Publicado en *La Rebelión*, Asunción, 15 de marzo de 1909.
2. "El esfuerzo". Publicado en *Moralidades actuales*. Montevideo : O. M. Bertani-Editor, 1910.
3. "El altruismo y la energía". Publicado en *El Diario*, Asunción, 18 de julio de 1908.
4. "El prójimo". Extraído de *Obras completas*. Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.
5. "La sinceridad". Publicado en *La Tarde*, 7 de febrero de 1905.
6. "La obra que salva". Publicado en *Moralidades actuales*. Montevideo : O. M. Bertani-Editor, 1910.
7. "El retorno a la tierra". Publicado en *El Cívico*, 12 de setiembre de 1906.
8. "El valor". Publicado en *La Tarde*, 13 de abril de 1905.
09. "El azar". Publicado en *Germinal*, Nº 10, 4 de octubre de 1908.
10. "El odio". Publicado en *Ideas y críticas*. Montevideo : O. M. Bertani-Editor, 1915.
11. "El paisaje". Extraído de *Obras completas*. Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.
12. "Actos de sinceridad". Publicado en *La evolución*, 24 de mayo de 1909.
13. "Lo viejo y lo nuevo". Publicado en *El Diario*, 3 de junio de 1908.
14. "Sueños". Publicado en *Rojo y azul*, 12 de abril de 1908.
15. "La rehabilitación del trabajo". Publicado en *El Alba*, Asunción, 31 de diciembre de 1910.

16. “El carnaval”. Publicado en *La Razón*, Montevideo, 24 de febrero de 1909.

17. “Dios”. Publicado en *Germinal*, Nº 8, 20 de setiembre de 1908.

18. “La nueva religión”. Extraído de *Obras completas.* Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.

19. “La moral y la ciencia”. Publicado en la *Revista del Centro Estudiantil*, N.º 6, agosto de 1909.

20. “Marcar el paso”. Publicado en *La Razón*, Montevideo, 13 de abril de 1909.

21. “Lápida”. Extraído de *Obras completas.* Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.

22. “Jueces”. Extraído de *Obras completas.* Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.

23. “Los jueces”. Publicado en *Germinal*, Asunción, 6 de septiembre de 1908.

24. “Patriotismo”. Publicado en *El Diario*, 13 de Mayo de 1908.

25. “Más allá del patriotismo”. Publicado en *Rojo y Azul*, 14-15 de Mayo de 1908.

26. “El esperanto”. Publicado en *La Razón*, 24 de agosto de 1909.

27. “Reflexiones”. Extraído de *Obras completas.* Buenos Aires : Editorial Americalee, 1954.

RAFAEL BARRETT (1876 - 1910)

Transcurre sus primeros años en Madrid, donde estudia Ingeniería y traba amistad con diversos escritores de la Generación del ’98, como Pio Baroja y Ramiro de Maeztu. Tras un percance con el Tribunal de Honor, Barrett abandona Europa y se instala en Argentina, donde comienza a colaborar en publicaciones como El Tiempo y El Correo Español. En 1904, como corresponsal, viaja a Paraguay para cubrir los acontecimientos de la Revolución Liberal. Decide vivir en Asunción. Para 1907, trabajando como agrimensor y agudizando su rol periodístico, viaja por todo Paraguay, conociendo a fondo la vida en los yerbales, donde, en condiciones de esclavitud, trabajan los mensúes. Así inicia su filiación a las ideas anarquistas, fundando, en 1908, la revista Germinal. Ese mismo año presenta los primeros síntomas de tuberculosis.

Debido a su labor periodística es deportado. Se estaciona en Montevideo, donde continúa publicando. En 1909 decide volver a Paraguay, cruzando clandestinamente la frontera. Durante esos años, escribe en distintas publicaciones, logrando gran reconocimiento en los alrededores del Río de la Plata. Con espíritu crítico y un corazón abierto, Rafael Barrett fallece al año siguiente, víctima de la enfermedad. Tenía 34 años. Pocos meses antes, recibe un ejemplar de Moralidades actuales, el único libro que publicó en vida.

¡Viva la autogestión!

Nos alegra saber que has llegado a un libro del catálogo de Editorial Eleuterio. Esta es una versión electrónica de un título que también está disponible en ferias, librerías, bibliotecas y archivos. La reproducción material de libros es fundamental como método de propaganda: es un oficio aliado con el universo de las imprentas y las bibliotecas. Por eso, incentivamos el apoyo a los proyectos autónomos.

Aporta con el desenvolvimiento libre de las ideas y conocimientos: asiste a encuentros como ferias, lanzamientos y foros; consulta catálogos editoriales; comenta, comparte, intercambia, regala, multiplica libros; arma bibliotecas en casa, en el barrio, en la escuela.

Los libros son alimentos. En el apoyo mutuo se cultivan. En la libertad mancomunada perduran. En el diálogo se expanden.

Visita
www.eleuterio.grupogomezrojas.org

Este libro fue proyectado en la verde casona de Avenida Salvador con Santa Isabel. Lo imaginó Artes Gráficas Cosmos. Está compuesto por la familia tipográfica Minion Pro. Terminó de imprimirse en la primavera de 2015, en Santiago de Chile.

COLECCIÓN CONSTRUYENTE #2

RAFAEL BARRETT

MI ANARQUISMO

Y OTROS ESCRITOS

El rescate de Barrett sigue siendo aún hoy difícil, incompleto, y lo que es peor, deformado por falta de conocimiento y hasta por olvido interesado o deliberado —la mala memoria es dócil a las intimidaciones de la mala conciencia— de lo fundamental de su obra, de las líneas centrales de su pensamiento. Obra y pensamiento vertidos, como ya se ha dicho, al correr de la pluma, en la urgencia de la lucha incesante; el pensamiento y la obra de un escritor, de un hombre de acción, produciendo —como lo reconoció Vaz Ferreira— en las más tristes e inverosímiles condiciones, en el torbellino del periodismo diario, sin tiempo, sin salud, y que supo dar sin embargo a sus producciones una densidad intelectual tan fuerte y al mismo tiempo un calor tan poderoso de humanidad, que ha conseguido sintetizar una de las más puras y bien ligadas aleaciones de inteligencia y sentimiento.

AUGUSTO ROA BASTOS

En el ensayo que destacamos en esta edición, titulado “Mi anarquismo”, Barrett expone su perspectiva del pensamiento ácrata de un modo destacable: “Me basta el sentido etimológico: ‘ausencia de gobierno’. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.”

ISBN 978-956-9261-10-7

EDITORIAL ELEUTERIO

Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas

www.grupogomezrojas.org